S. BERTHELOT y BARKER-WEBB

Etnografía y Anales de la conquista de las Islas Canarias

III

ediciones

el museo canario

Etnografía y Anales de la conquista de las Islas Canarias
(III. Anales de la conquista de las Islas Canarias)

Arcón Canario
Colección dirigida por Pedro Schlueter Caballero.

N.º 1 **Crónica de la conquista de la isla de Gran Canaria. (Crónica lacunense) (Agotado)**

N.º 2 **Agustín Millares Torres: Benartemi o El último de los canarios.**

N.º 3 **Domingo José Navarro: Recuerdos de un noventón.**

N.º 4 **Sabino Berthelot y P. Barker Webb: Etnografía y Anales de la conquista de las Islas Canarias (I. Introducción: Estudios bibliográficos).**

N.º 5 **Sabino Berthelot y P. Barker Webb: Etnografía y Anales de la conquista de las Islas Canarias (II. Usos y costumbres).**

N.º 6 **Sabino Berthelot y P. Barker Webb: Etnografía y Anales de la conquista de las Islas Canarias (III. Anales de la conquista de las Islas Canarias).**

II - C
63

Ediciones
EL MUSEO CANARIO

ETNOGRAFIA
Y
ANALES DE LA CONQUISTA
DE LAS
ISLAS CANARIAS

(III. Anales de la conquista de las Islas Canarias)

DE SABINO BERTHELOT
Y P. BARKER - WEBB

TRADUCCION
JUAN ARTURO MALIBRAN

NOTA FINAL
ELIAS ZEROLO HERRERA

LAS PALMAS
1979

EL MUSEO CANARIO
INCORPORADO AL C.S.I.C.

Doctor Chil, 25
Las Palmas de Gran Canaria

© EL MUSEO CANARIO (Segunda edición), 1979.

Imprenta Perez Galdós
Buenos Aires, 38
Dep. Legal G. C. 806 - 1977
I.S.B.N. 84-00-03707-3 obra completa
I.S.B.N. 84-00-04382-0 Tomo III
Las Palmas

I N D I C E

Anales 369
Conquista de Lanzarote, de Fuerteventura y del Hierro 371
Ocupación de La Gomera y tentativa de invasión en las otras islas 391
Conquista de la Gran Canaria 401
Estado político de las Islas Canarias desde 1483 a 1488 419
Conquista de La Palma y de Tenerife 425
Notas 449
Nota final 457

III. ANALES DE LA CONQUISTA DE LAS ISLAS CANARIAS

Adoptamos el orden cronológico para exponer los hechos relativos a la conquista de las islas Canarias. Los acontecimientos que se sucedieron en las diferentes épocas de la invasión europea se hallan consignados en las antiguas crónicas y han sido analizados o comentados por diferentes autores. Su compendio o relación sumaria sobra para llenar nuestro objeto. Siguiendo la marcha que nos proponemos en esta breve y rápida exposición, la correlación de los acontecimientos nos parece mejor indicada. Lo que importa en la historia es la exactitud de las fechas que determinan el orden de los hechos y la buena elección de los autores o cronistas que las acreditan y sancionan; hemos tenido presentes estas dos condiciones indispensables en todo el curso de nuestras investigaciones. Los anales que presentamos al público se fundan principalmente en la relación de los historiadores de la conquista, en los documentos de los cronistas de la misma época y en las noticias de los autores canarios que han comentado y publicado los actos y demás manuscritos conservados en los archivos municipales, cuidando de indicar las fuentes de donde se han sacado nuestras noticias.

Las empresas de Juan de Bethencourt deben constituir, a nuestro entender, el punto de partida de la conquista, pues realmente desde esta época la dominación extranjera principia a establecerse en el archipiélago canario. Las tentativas anteriores que hemos relatado en nuestra introducción deben ser consideradas como simples exploraciones. Entre los navegantes que visitaron estas islas antes del siglo XV unos llegaron a ellas accidentalmente y otros arribaron para

ejercer sus piraterías, robando esclavos y ganados, o bien para hacer el tráfico de la orchilla, de la sangre de drago o de algunas otras producciones. La investidura solemne concedida en 1344 al Infante don Luis de España por el Papa Clemente VI se redujo a una ceremonia sin consecuencias, ridiculizada por varios historiadores (332). Las Canarias, erigidas en reino feudatario de la Santa Sede mediante un tributo de cuatrocientos florines de oro, *bueno y puro, de peso y con el cuño de Florencia* (333), permanecieron lo que habían sido hasta entonces, un archipiélago casi ignorado del mundo y a merced de los aventureros. El Infante de España, que ciertos autores han llamado impropiamente don Luis de la Cerda (334), no disfrutó sino *in partibus* del reino de las Islas Afortunadas, con que el Papa lo había investido. Algunos proyectos abortados en su principio disiparon bien pronto sus sueños de ambición y el título de Príncipe de la Fortuna, que le confería la bula pontificia, de nada sirvió para enriquecerlo.

Conquista de Lanzarote, de Fuerteventura y del Hierro

(1402)

Partida de Bethencourt a las Islas Canarias. El señor Juan de Bethencourt, señor de Grainville la Teinturiere, queriendo aumentar su fortuna y adquirir renombre, abandona su antiguo alcázar de Normandía, seguido de algunos gentiles hombres con la intención de ir a conquistar las Islas Canarias. Pedro Bontier, fraile de San Juin-de-Marnes, y el presbítero Juan Le Verrier, ambos capellanes de Bethencourt, toman parte en esta empresa y escriben su historia (335). La expedición arriba primeramente a la Rochela, en donde es reforzada por el caballero Gadifer de la Salle y varios otros aventureros; se da a la vela el primero de mayo de 1402; los vientos contrarios la obligan a arribar a La Coruña y después a Cádiz, en donde se detiene algún tiempo, reduciéndose bien pronto a cincuenta y tres personas por la deserción de veintisiete tripularios.

Llegada de Bethencourt a las Islas Canarias. Habiéndose dado a la vela Bethencourt en el mes de julio, llega a la isla de la Graciosa ocho días después de su salida de Cádiz e intenta un reconocimiento infructuoso en la isla de Lanzarote; pero volviendo de nuevo con toda su gente obtiene una entrevista con Guadarfia, el rey de la isla, que se somete a su obediencia *como amigo, pero no como súbdito* (336). En seguida Bethencourt construye el castillo de Rubicón en la parte S.O. de la isla, lo deja bajo la custodia de Berthin de Berneval y se dirige a la isla de Fuerteventura. La falta de víveres y la mala voluntad de los com-

pañeros hacen abortar esta empresa. Bethencourt regresa a Lanzarote y se ve obligado por el amotinamiento de su gente a volverse a España a fin de procurarse víveres y refuerzos para continuar sus proyectos y Gadifer de la Salle, su lugarteniente, se queda en Lanzarote como gobernador.

Deserción de Berthin de Berneval. Habiendo ido a la isla de Lobos el caballero de Gadifer para pescar los lobos marinos y procurarse pieles de que tenían necesidad *para el calzado de los compañeros,* dice la relación, Berthin de Berneval se aprovecha de su ausencia, se pone a la cabeza de los amotinados, se apodera por sorpresa del rey de Lanzarote y de veintitrés de los suyos y los conduce a la isla de la Graciosa para embarcarlos a bordo de la carabela española *Tajamar,* a cuyo capitán había seducido; pero Guadarfia logra escaparse después de haber roto sus hierros.

De orden de Berthin de Berneval, el bastardo Blessi es enviado con varios otros rebeldes al castillo de Rubicón para apoderarse de todas las vituallas y efectos de campaña que Bethencourt había dejado. Encuentra a Raimundo de Lenedan y alguna gente de Gadifer que regresaban de la isla de Lobos en busca de víveres y se traba una disputa entre las dos facciones contrarias. Mientras tanto, los amotinados reciben refuerzos; Berthin de Berneval llega de la Graciosa con treinta hombres de la *Tajamar* y la barca española aborda a la playa de Rubicón. El castillo es entregado al pillaje y todo el botín transportado a bordo.

Los dos capellanes de Bethencourt y la gente de Gadifer, casi sin recursos y deplorando la suerte de su jefe abandonado con algunos de sus compañeros en la isla de Lobos, van a implorar la asistencia del capitán de la *Morella,* que estaba a la sazón con su nave

en el canal del río, entre Lanzarote y la Graciosa.

Obtienen una chalupa para llevar socorros al caballero Gadifer, que se hallaba en la más deplorable posición (337).

Berthin de Berneval, confiando poco en su propia fracción y temiendo su desaprobación si le seguía a España a donde deseaba regresar sólo para sorprender a Bethencourt, se da a la vela con la *Tajamar* y deja a doce de los suyos en la playa de Lanzarote; pero éstos, temiendo la ira de Gadifer, se apoderan de una chalupa y huyen hacia la costa de Berberia *donde de doce que eran se ahogaron diez, siendo los dos restantes hechos esclavos* (Ob. cit. cap. 23).

Bethencourt rinde homenaje de las islas Canarias al rey de Castilla. Mientras tanto, Bethencourt, que había llegado a Cádiz, va a Sevilla en donde a la sazón se encontraba la corte y hace pleito homenaje de las islas Canarias al rey de Castilla Enrique III.

Copiaremos aquí textualmente la relación de los capellanes:

"El señor de Bethencourt se presentó por fin al rey quien lo recibió benignamente y preguntándole lo que pretendía, le dijo Bethencourt: —Señor, vengo a pediros me deis licencia para conquistar y reducir a la fe cristiana unas islas que se llaman las islas de Canaria, en las cuales he estado, dejando en ellas parte de mis compañeros que de día en día me aguardan y un buen caballero llamado Gadifer de la Salle, el cual quiso venir en mi compañía. Y porque vos señor sois rey y dueño de todo el país vecino y el rey cristiano más próximo de aquel, he venido a requerir vuestra gracia y suplicaros me permitáis rendiros pleito homenaje de aquel país—. El rey lo escuchó muy gozoso, diciéndole fuese bienvenido y encareciendo que, de tan lejos como el reino de Francia, viniese

con tan noble propósito de adquirir gloria y honor; y decía así el rey: —Conozco que tiene buena voluntad al venir a hacerme homenaje de un país que se haya, según he podido entender, a más de doscientas leguas de éste y del cual no había oído hasta ahora hablar—." (Ob. cit. cap. 26, p. 24 y 25.)

El monarca español, habiendo pues aceptado el obsequio de Bethencourt, le dio el señorío de las islas por conquistar con el derecho de acuñar moneda, el *quinto* de los géneros de exportación, 20.000 mrs. para sufragar los gastos de una segunda expedición y un buque bien armado y provisto de ochenta hombres de tripulación que fue expedido al momento a Gadifer.

Traición de Atchen y principio de la guerra. Mientras que Bethencourt tomaba todas las medidas en España para el éxito de su empresa, su lugarteniente se hallaba en Lanzarote en la más lamentable posición. Los indígenas, aprovechándose de las querellas de los aventureros, habían matado a todos los que habían encontrado aislados. Gadifer, queriendo vengarse de estos ataques homicidas, obtuvo una entrevista con Atchen, uno de los principales jefes de la isla, cuya ambición y astucia podían servir a sus designios. En efecto, éste le avisa que el rey Guadarfia ocupa el pueblo de Acatif y que no tiene con él sino cincuenta hombres. Gadifer marcha al momento sobre este punto con veinte compañeros determinados, llega antes del día, hace rodear la casa en donde se halla el príncipe, fuerza la entrada, se apodera de la persona del rey y le conduce encadenado al castillo de Rubicón. Atchen, aprovechándose de su traición, se apodera del mando y vuelve las armas contra los que al principio había querido servir, pero el intrépido Guadarfia logra escaparse de la prisión, llevando sus cadenas. Este príncipe, justamente irritado, coge a At-

chen y lo condena al suplicio de los traidores: su cuerpo apedreado es entregado a las llamas. La guerra vuelve a empezar de nuevo: Gadifer se venga de los atentados de Atchen y de la fuga del rey; varios indígenas son sacrificados, algunas mujeres y niños se aprisionan y el resto de la población busca un refugio en las cuevas.

Excursión de Gadifer en el archipiélago canario. Tal era el estado de las cosas en Lanzarote cuando llegó el navío que Bethencourt había despachado desde Cádiz con las vituallas y refuerzos. Gadifer, queriendo aprovecharse de unos socorros tan oportunos, organiza una expedición para explorar las demás islas. Se dirige primeramente sobre Fuerteventura, desembarca a la entrada del valle de Palma con treinta y cinco de sus compañeros y se interna en las montañas que rodean al valle a fin de reconocer el país. Al primer encuentro con los indígenas, hace prisioneros cuatro de ellos y los conduce a bordo de la barca expedicionaria. Los aventureros pasan en seguida a la Gran Canaria, anclan entre Telde y Argonnes y trafican con los naturales, reunidos en este sitio en número de quinientas personas poco más o menos. "Los canarios les llevaron higos y sangre de drago que cambiaron por anzuelos y hierro viejo y por navajas y recogieron sangre de drago que valía más de doscientas doblas de oro, y todo lo que con ellos cambiaron no valía la suma de dos francos".

Gadifer, no habiendo podido saltar a tierra, trata en vano de desembarcar en otro punto y se aleja de aquellos parajes. Después de haber costeado las playas de la isla del Hierro, llega de noche a La Gomera, se apodera de algunos isleños y prosigue su camino hacia La Palma; pero obligado bien pronto a cambiar de dirección a causa de los vientos contrarios, vuelve

a la isla del Hierro y no saca otro resultado sino la captura de cinco personas y de algunos ganados. Al dejar esta isla logra abordar a La Palma para hacer agua; de aquí regresa a Rubicón al cabo de tres meses de ausencia. En este intervalo la guarnición de Lanzarote, victoriosa de los indígenas en diferentes encuentros, había matado a varios y hecho prisioneros un número mayor.

(1404)

Regreso de Bethencourt y sumisión de Lanzarote. En estas circunstancias, Bethencourt llega de España con grande alegría de sus compañeros. Pocos días después cogen a Guadarfia con diez de los suyos y, desde este momento, la población entera se somete a los vencedores: el mismo rey pide y obtiene merced. El 26 de febrero del mismo año Guadarfia recibe el bautismo; todos los naturales de la isla se convierten a la fe y los capellanes de Bethencourt cuidan de instruir sus nuevos neófitos. "Lo bautizó (al rey Guadarfia) el Sr. Juan Le Verrier, capellán del Sr. de Bethencourt, poniéndole el nombre de Luis, según este Sr. lo dispuso". Y como se esperaba que todos los habitantes de la isla, hombres y niños, se harían bautizar, se ordenó una instrucción tan sucinta como se pudo arreglar para instruir con ella a los que se hallaban bautizados y a los que con el favor de Dios se bautizasen en adelante. Escribiendo dicha instrucción lo mejor que pudieron Fray Pedro Bontier y el señor Juan Le Verrier (Ob. cit. cap. 46, p. 45).

Invasión de Fuerteventura. Acontecimientos diversos. Algunos debates se levantaron entre Bethencourt y Gadifer. Este último exige por cuenta suya la

cesión de tres de las islas por conquistar y vitupera a Bethencourt de haberlas cedido al rey de Castilla. No obstante, estos primeros motivos de discordia parecen apaciguarse y Bethencourt se dispone a invadir la isla de Fuerteventura. Efectúa primeramente un desembarco y hace un gran número de prisioneros que son al momento enviados a Lanzarote. Procede después a la construcción del fuerte Ricorroque para formar su cuartel general. Nuevos debates se suscitan entre el jefe de la empresa y su lugarteniente (338) hasta que, habiendo ordenado Bethencourt una expedición para la Gran Canaria, Gadifer toma el mando y llega al puerto de Arganyguy; pero después de una tentativa infructuosa se ve obligado a regresar a Fuerteventura, a donde acababa de llegar de España un buque con nuevos refuerzos que el rey de Castilla enviaba a Bethencourt. Este acontecimiento despierta los celos de Gadifer. Los dos jefes cambian algunas palabras y, descontentos el uno del otro, se embarcan para Sevilla en donde Gadifer, siempre más irritado, se separa de su compañero de armas y regresa a Francia.

Bethencourt es bien recibido nuevamente por el rey de Castilla; obtiene *cartas patentes* que le aseguran el señorío de las islas Canarias y regresa a Fuerteventura. Sus tropas ocupaban siempre el fuerte de Ricorroque; habían ensayado varias excursiones en los alrededores y seis de ellos acaban de sucumbir en un encuentro con los naturales. El fuerte de Valtarahal (*Valtarhais*), que había sido construido en otra parte de la isla, estaba bajo la custodia de Hannibal, bastardo de Gadifer. Bethencourt, viendo la imposibilidad de guarnecer a la vez estos dos puestos, se decide a evacuar a Ricorroque con el objeto de reforzar a Valtarahal; pero al empezar su retirada los natura-

les destruyen el fuerte abandonado y se dirigen en seguida hacia un puesto vecino, en donde había una pequeña capilla y un depósito de víveres y municiones de guerra. En pocos momentos todo lo queman y saquean. Entonces Bethencourt reune su gente y marcha contra el enemigo: varios combates se empeñan y la victoria favorece al jefe normando; algunos isleños pierden la vida; un número mayor es hecho prisionero y enviado a Lanzarote; los aventureros se apoderan de los ganados y el éxito de la conquista se acelera por los refuerzos que reciben de la isla vecina, cuyos habitantes piden marchar bajo sus banderas (339). Sin embargo, los naturales de Fuerteventura no desmayan y la población entera acude a la defensa del país.

(1º de noviembre). Bethencourt hace reconstruir y reponer el castillo de Ricorroque y consigue nuevas ventajas. El caballero de Andrac y Hannibal el bastardo sorprenden a los naturales reunidos en una gran población; matan a diez (340) y regresan con una *razia* de mil cabras; sin embargo, Hannibal y Andrac, jefes de la facción de Gadifer, no cesan de manifestar sus resentimientos contra los de Bethencourt. Le Courtois es enviado a Valtarahal, cerca del bastardo de Gadifer y de los de su partido, para reclamar treinta prisioneros que éste quería guardar en su poder. Esta medida exaspera a los mal contestos que se ven obligados a ceder a la fuerza; pero Bethencourt desaprueba aquellas violencias y se compromete a dar a todos la parte del botín. "No quiero que se les ofenda ni haga agravio alguno —dijo a Juan Le Courtois—, antes es mi voluntad que tengan su parte así en los prisioneros como en las otras cosas. Debe siempre disimularse y cuidar del honor más que del provecho" (Ob. cit. p. 84).

(1405)

Sumisión de Fuerteventura. El éxito que Bethencourt había obtenido en todos los encuentros contra los naturales de Fuerteventura determina la sumisión de los dos príncipes que hasta entonces se dividían el gobierno de la isla; y el 18 de enero el rey de Majorata se presenta en Ricorroque con un séquito de cuarenta y dos indígenas para recibir el bautismo. Tres días después, veintidós insulares vienen a aumentar el número de los neófitos. El 25 de enero, el rey de Jandía, acompañado de cuarenta y siete de los suyos, es bautizado a su turno en Valtarahal y el resto de la población de Fuerteventura imita el ejemplo de sus príncipes.

Tercer viaje de Bethencourt a Europa. El 31 de enero, Bethencourt entrega el gobierno de la isla a Juan le Courtois, que instituye su lugarteniente, y se embarca para Europa, no llevando consigo sino muy poca gente. Veintiún días después de su salida de Fuerteventura, Bethencourt llega a Harfleur y marcha a su baronía de Grainville, en donde es recibido con entusiasmo y festejado por todos los suyos, que se apresuran en tropel a cumplimentarlo. "Los gentileshombres de los alrededores y los de la Ciudad que eran sus vasallos, todos se le presentaron, repitiendo diariamente sus agasajos. No cesaban de venir a cumplimentarlo sus parientes y los hidalgos del país. Vinieron el señor Eustaquio d'Erneville, su hijo, el barón de la Hense y muchos otros grandes señores que fuera largo nombrar; todos habían oído hablar de la conquista de las islas Canarias y de los grandes trabajos que en ella había pasado el señor de Bethencourt; pues madama de Bethencourt, que regresó desde el reino de España, había llevado las

primeras noticias de la conquista. El señor de Bethencourt no encontró a su esposa en Grainville a su llegada; la mandó a buscar y, cuando vino, fue recibida con demostraciones de contento que es inútil referir, ofreciéndole su esposo algunos presentes de cosas particulares de las islas" (Ob. cit cap. 80, p. 89-90).

Después de una corta permanencia en sus dominios, Bethencourt se dispone a regresar a las islas Canarias con ochenta voluntarios, de los cuales veintitrés llevan a sus mujeres. "Poco después —dice la narración— corrió en el país la noticia de que el señor Bethencourt, disponiéndose a regresar a las islas de Canaria, se proponía llevar consigo maestros de todas artes y oficios, algunos matrimonios y mujeres solteras, según las pudiera encontrar, que tuviesen buena voluntad de hacer aquel viaje; y se presentaron cada día, ya diez, ya doce y hasta treinta personas, ofreciéndose acompañarlo sin exigirle *gages* algunos... Primeramente Juan de Rouille, Juan de Plefsis, Maciot de Bethencourt y algunos de sus hermanos todos hidalgos vinieron con dicho señor y los restantes eran todos artesanos y labradores".

Regreso de Bethencourt a las islas Canarias. El 9 de marzo de 1405, Bethencourt se despide de su mujer, de sus parientes y amigos y, después de tres días de fiestas, se embarca en Harfleur con toda su gente en dos grandes carabelas. Los vientos favorables lo llevan bien pronto sobre las costas de Lanzarote y de Fuerteventura, en donde aporta con triunfo. Su desembarco se efectúa en la playa de Rubicón; transportes de alegría estallan por todas partes, los naturales de la isla se prosternan ante él; el brillante traje de los caballeros de su comitiva, la gente de todas condiciones que lo acompañan, los instrumentos de música que oyen, todo este espectáculo extraño los

deslumbra: "Tocábanse trompetas y clarines, tambores, arpas, flautas, rabeles y bocinas, con tan melodioso estruendo que no hubiera podido oírse el estampido del trueno, quedando asombrados los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura y especialmente los canarios... Desembarcaron el señor y los seis hidalgos que lo acompañaban con banderas y estandartes desplegados, llevando todos sus armas y el vestuario que les había dado. Tenían sus ropas galoneadas de plata, que él mismo les había costeado. Se hallaba aún la nave a media legua distante de tierra, cuando los naturales de Lanzarote reconocieron venía en ella su rey y señor. Veíanse desde el navío acudir en tropel a la orilla, hombres, mujeres y niños a esperarlo, gritando en su idioma: *Aquí viene nuestro rey*". (Ob. cit. cap. 81, p. 92-93).

Juan le Courtois, que entonces se hallaba en Fuerteventura, regresa apresuradamente a prestar obediencia a su señor, seguido de varios compañeros a quien se unen Hannihal el bastardo y el caballero de La Boëssiere. El feliz conquistador pasa en seguida a Fuerteventura, en donde los dos príncipes de la isla y todos los naturales se apresuran a rendirle homenaje. Visita el fuerte Ricorroque, que encuentra en buen estado, y se marcha después para Valtarahal a fin de presidir la construcción de una capilla que consagra a la Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de Bethencuria: "Y la adorna —dice la relación — con una imagen de nuestra señora, un hermoso misal, dos pequeñas campanas de cien libras de peso y varias colgaduras y ornamentos que trajo de Francia para aquella iglesia y de ella fue cura párroco el señor Juan Le Verrier, permaneciendo en el país el resto de su vida" (Ob. cit. p. 97).

Excursión de Bethencourt en la costa de Africa

y en el archipiélago canario. Una expedición se alista para la Gran Canaria: el embarque se verifica en tres galeras que dan la vela el 6 de octubre de 1405; pero una tempestad los arroja sobre la costa de Africa hacia el cabo de Bojador. Bethencourt salta en tierra con su gente y emprende una incursión en el interior. Ocho días después se vuelve a embarcar trayendo con él varios moros, hombres y mujeres que había hecho prisioneros, dejando sobre la playa un gran número de camellos que no pudo transportar (341).

La expedición se dirige en seguida sobre la isla de Canaria; pero el mal tiempo separa nuevamente a las tres galeras, de las cuales una regresa a Fuerteventura, la otra se refugia sobre las costas de la isla de La Palma y la tercera, en la que iba Bethencourt, llega sola a Canaria; a pocos días después se le une la que había arribado a Fuerteventura. El caballero Guillermo de Auberbose se pone en marcha con cuarenta y cinco hombres para explorar el país, contra la voluntad del jefe de la empresa; se ve bien pronto obligado a retirarse ante un enemigo numeroso que lo persigue con tesón hasta el embarcadero. Veinte aventureros pierden la vida en este choque y, entre ellos, Guillermo de Auberbose, jefe de esta arriesgada tentativa, Godofredo de Anzomuille, Juan le Courtois, lugarteniente de Bethencourt, y Hannibal, el bastardo de Gadifer.

Invasión de la isla del Hierro. Bethencourt no tarda en hacerse a la vela y llega a la isla de La Palma, en donde encuentra la gente de la otra galera expedicionaria batiéndose con los naturales. Este nuevo combate, del que participa el conquistador, le cuesta cinco hombres. En fin, después de haber permanecido seis semanas en esta costa dirige su rumbo hacia la isla del Hierro, en donde se detiene para invitar al rey

de la isla, por medio de su intérprete, a que venga a verlo a fin de tratar de la paz. Este príncipe, confiando en su palabra, llega con ciento once de los suyos; pero Bethencourt, sin respetar el derecho de gentes, se apodera de estos desgraciados isleños, los distribuye como bestias entre sus compañeros y se adjudica para sí treinta y uno, incluso el rey, como la parte que le correspondía en el botín. "Se vendieron algunos como esclavos —añaden los capellanes en su historia— y esto hizo y permitió el señor de Bethencourt por dos causas; por apaciguar las exigencias de sus compañeros y para poder colocar algunas familias de las que había conducido de Normandía, las cuales no podían establecerse todas en Lanzarote y Fuerteventura sin gravar estas islas; por lo que dejó ciento veinte en la del Hierro, escogiéndolas entre las más entendidas en la labranza" (Ob. cit. p. 100).

Administración del conquistador. De regreso a Fuerteventura, después de esta expedición, Bethencourt instaló su corte en Valtarahal. Procedió primeramente a la repartición de las tierras de las islas conquistadas, da varias ordenanzas, exime a los nuevos colonos de todo tributo durante nueve años, establece el derecho del *quinto* sobre los productos territoriales, decreta el diezmo para el servicio del culto, instituye a su sobrino Maciot de Bethencourt en calidad de su lugarteniente y gobernador de las islas, establece sargentos de justicia cuyos juicios debían pasar por el registro de la autoridad militar superior (el gobernador), crea un consejo de nobleza compuesto de gentileshombres, recomienda la observancia de las costumbres de Normandía en los asuntos civiles, ordena la fundación de dos iglesias y consagra un quinto de sus rentas para su construcción y para la de otros edificios públicos. Después de estas medidas adminis-

trativas recorre el país acompañado de una numerosa comitiva para dar a conocer la autoridad de su sobrino, anunciando por todas partes que bien pronto va a regresar a Europa e invitando a los que tengan que hacerle alguna reclamación a venir a verlo antes del 15 de diciembre a su castillo de Rubicón, a donde efectivamente regresa para establecer en él su residencia hasta el día de su salida. Guadarfia, antiguo rey de Lanzarote, es el primero que vino a pedir audiencia y Bethencourt le concede el terreno que reclama. Los dos príncipes de Fuerteventura se presentan después y obtienen el mismo favor.

Partida de Bethencourt. El 13 de diciembre se celebró un gran convite en el castillo de Rubicón: los tres príncipes de las islas conquistadas fueron convidados con los principales jefes indígenas. Al fin de la comida, Bethencourt sube a un estrado, dirige a la asamblea sus últimos consejos y le participa sus intenciones (342). Al cabo de dos días, el 15 de diciembre de 1405, se embarca con su capellán Juan Le Verrier, su escudero Juan de Bouille y otros seis de su casa. Los autores de la crónica de la conquista pintan en estos términos la despedida de Bethencourt: "Después que el señor se hubo despedido de toda su gente y del país, se dio a la vela; hubiérase visto todo el pueblo romper en llanto y exclamaciones de dolor, que enternecían los corazones, siendo mayores los extremos que hacían los isleños que el sentimiento de los naturales de Normandía. Sus corazones presentían que no volverían a verlo; y en efecto así fue, pues ya no volvió a las islas... Hubo isleños que se arrojaron al mar y siguieron larga distancia la chalupa en que se embarcó el señor de Bethencourt; tanto sentían su separación que no puede ponderarse, exclamando de este modo: *Legítimo señor nuestro, ¿por qué nos dejáis?*

¡Ya no volveremos a veros! ¡Ay, que será de este país faltándole un señor tan sabio, tan prudente y que ha puesto tantas almas en el camino de la salvación eterna! Quisiéramos que no nos dejara, pero puesto que así lo hace, preciso es que nos conformemos... Dicho señor tenía el corazón tan oprimido que no podía hablar, ni aún darles el último adiós, ni proferir una sóla palabra para despedirse de persona alguna... Al fin, la nave dio la vela; quiera Dios por su gracia guardarlo de todo mal y peligro" (Ob. cit. cap. 88, p 107-108).

Después de seis días de una feliz navegación, llega a Sevilla el señor de Bethencourt y se dirige en seguida a Valladolid, en donde estaba la corte y obtiene una audiencia del rey Enrique III. Le cuenta el éxito de la conquista y recibe varios favores. Alberto de las Casas es nombrado, a su solicitud, obispo de las islas Canarias.

(1406)

Viaje de Bethencourt a Roma y su regreso a la Baronía de Grainville. El conquistador se dirige a Roma y el Papa Inocencio VII le concede la bula de instalación para el obispo español. Toma después el camino de Francia, pasando por Florencia, en donde recibe una acogida muy distinguida (343); pasa a Francia, se detiene ocho días en París y llega en fin a su castillo de Grainville (Op. cit. p. 197. Viera, tomo IV, p. 25).

Su muerte. La historia ninguna noticia nos da de Bethencourt desde su regreso a Normandía hasta su muerte, que acaeció en su castillo feudal de Grainville-la-Teinturiere en 1425, a la edad de sesenta y seis años. Sus capellanes relatan de este modo

aquel acontecimiento: "Este señor murió en posesión y señorío de Bethencourt de Grainville-la-Teinturiere de Saint Père *sous le Neuf Chatel,* de Lincourt, de Riuille de Gran Quemay y Hicquelleux, dos feudos que se hallan en Gourel, en el país de Caux, y Barón de San Martín le Gaillart en el condado d'Eu. Falleció pasando de ésta a mejor vida. Dios le perdone sus pecados. Lo sepultaron en la iglesia de Grainville-la Teinturiere, en frente del altar mayor; falleció el año de 1425" (Ob. cit. cap. 93, p. 117).

En cuanto al elogio de este primer conquistador de las islas Canarias nada podemos añadir al tan verdadero y hábilmente trazado por Viera. "Las islas Canarias —dice el ilustre autor de las *Noticias*— pueden bendecir al que les dio un conquistador adornado de tan ilustres cualidades. Cuando sólo volvían a ser conocidas de la Europa en un siglo todavía bárbaro y que iban perdiendo el brillante epíteto de *Afortunadas,* quiso la providencia sacar del fondo de la Normandía un hombre que debía hacerse su primer dueño. Por cualquier parte que se mire, parece grande Juan de Bethencourt. Su prudencia, su valor, su afabilidad, su destreza en manejar los espíritus y ganarse los corazones más salvajes, su ilustre calidad y aún su misma patria parece que conspiró a hacerlo glorioso".

"A una fisonomía varonil, a unos pensamientos elevados, a un corazón impetuoso, firme y resuelto, a un genio dulce y tolerante, se le agregó el gusto de las hazañas caballerescas... El verdadero carácter de nuestro héroe era el de su siglo, esto es, el valor y la piedad".

"De todos modos debe su memoria ser eterna en nuestras islas y su nombre tan repetido en algunas familias, que se honran en casi todas las Canarias con

el apellido Bethencourt, tiene derecho a sonar agradablemente en los oídos de sus habitantes" (Viera, *Noticias,* tomo 1º, libro 4º, cap. 29, p. 373).

Administración de Maciot de Bethencourt. El sobrino del conquistador, siguiendo primeramente los consejos que su tío le dio al partir, se afana por la prosperidad del país y hace amar su gobierno; cuida de la construcción de las iglesias de San Marcial de Rubicón y de Santa María de Betancuria y se hace armar caballero para dar mayor lustre al carácter de que está revestido.

El obispo Alberto de las Casas, habiendo llegado a Lanzarote, se establece en San Marcial, silla del Obispado de las Canarias. No obstante, el levantamiento de la isla del Hierro turba algunos instantes la tranquilidad de las islas conquistadas. Los colonos que Bethencourt había dejado en esta isla se entregan a excesos culpables, que indisponen contra ellos a los antiguos naturales y el asesinato del gobernador Lázaro Vizcaino es la señal de la venganza. Pero Maciot se apresura a apaciguar a la población irritada, enviando otro jefe, encargado de una misión pacífica. Cinco soldados europeos culpables de graves ultrajes hacia los naturales son sentenciados a muerte y este acto de justicia, calmando los espíritus, restablece el orden (Galindo, libro 1º, cap. 19. Viera, *Noticias*, libro 5º, cap. 4).

Maciot procede entonces a la fundación de la capital de Lanzarote, a la que da el nombre de Teguise para honrar y perpetuar el recuerdo de la hija de Guadarfia, antiguo rey de la isla, con la que contrae matrimonio.

(1410)

El obispado de San Marcial de Rubicón queda

vacante por la muerte de Alberto de las Casas. Maciot de Bethencourt, privado de los consejos de este sabio prelado y no recibiendo noticia ni socorro alguno de su tío, se encuentra reducido a sus propios recursos. Exige despóticamente el derecho del *quinto* y envía gente armada a las costas de Tenerife y Canaria para prender a los naturales de estas islas y venderlos en España como esclavos.

(1414)

El obispo Fray Mendo de Biezma llega a Lanzarote para tomar posesión de la silla apostólica de San Marcial y no pudiendo detener con sus advertencias las exacciones y la tiranía de Maciot, dirige sus quejas a la reina regente doña Catalina, durante la minoría de don Juan II de Castilla. La reina comunica instrucciones secretas a don Enrique de Guzmán, conde de Niebla, quien hace equipar inmediatamente en el puerto de San Lucar de Barrameda tres carabelas de guerra, al mando de Pedro Barba de Campos, señor de Castro-Forte, con la orden de dirigirse a las islas Canarias y sujetar el despotismo de Maciot de Bethencourt (344).

(1416-1430)

Maciot de Bethencourt hace cesión de las islas Canarias. Pedro Barba, al llegar a Lanzarote, entra en negociación con Maciot y éste, obligado por la fuerza, le cede las islas Canarias (conquistadas y por conquistar); en seguida embarca para la Madera, donde vende al Infante don Enrique de Portugal estas mismas islas que acababa de entregar a otro (345).

Viera, que menciona este acontecimiento, se ex-

presa en estos términos: "¿Estaba en las artibuciones de Maciot hacer esta cesión? Juan de Bethencourt vivía aún y los poderes que dejó a su sobrino no lo autorizaban sino para administrar sus estados como regente. Reinaldo de Bethencourt, hermano del conquistador, había sido designado para sucederlo. Además, el acto de venta celebrado por Maciot no fue el último; y de aquí dimanaron las contestaciones que se suscitaron acerca del derecho de posesión de las islas Canarias. Es necesario convenir en que esta parte de nuestra historia no es la que más honor nos hace" (*Noticias,* tomo 1º, p. 396).

(1430-1445)

Mudanza del derecho de posesión de las islas Canarias. Durante los veinte últimos años de la vida de Maciot de Bethencourt, y aún mucho tiempo después de su muerte acaecida en la isla de la Madera en una época que la historia no indica de un modo terminante (346), el señorío de las islas Canarias, reivindicado a la vez por varias familias poderosas, pasa sucesivamente a manos de varios poseedores. Maciot había cedido los derechos que no tenía a Pedro Barba, al Infante de Portugal y al conde de Niebla; Pedro Barba transfiere en seguida el acta de cesión a Fernán Pérez, rico-hombre de Sevilla, quien la pasa de nuevo al conde de Niebla y éste vuelve a vender las Canarias a Guillén de las Casas (347). Más adelante, Enrique IV de Castilla hace donación de la conquista de las Canarias a un señor portugués, el conde de Artuguia, que transfiere después sus poderes al conde de Villarreal, su pariente, y este último al infante don Fernando, hermano de Alfonso V de Portugal.

Estas mudanzas de un derecho que no pertenecía

sino al primer conquistador y del cual había dispuesto por testamento en favor de su hermano, suscitaron las contestaciones cuyos detalles se encuentran en las antiguas crónicas (348).

Sea lo que fuere, a la muerte de Guillén de las Casas hacia el año 1440, el señorío de las islas Canarias pasa a su yerno Fernán Peraza (349), señor de Valdeflores, que viene a tomar posesión de su dominio, trayendo con él a su hijo Guillén, joven caballero de un raro valor.

Ocupación de La Gomera y tentativa de invasión en las otras islas

(1445-1450)

Gobierno de Fernán Peraza. Los portugueses, auxiliados por el príncipe Enrique, tratan de establecerse en las islas, cuya posesión reclama aquel. Ocupan algún tiempo la de Lanzarote; Fernán Peraza resiste a sus ataques y se ve obligado a transferir alternativamente su gobierno a Fuerteventura, a la isla del Hierro y a La Gomera, de las que había llegado a hacerse dueño. "A esta época Maciot de Bethencourt gobernaba aún en Lanzarote. Fernán Peraza, habiendo regresado a esta isla después de la salida de los portugueses, se apoderó de Maciot, de su mujer Teguise y de Jeanin de Bethencourt y los deportó a la isla del Hierro. Maciot logró evadirse con los suyos, se retiró a la Madera y no volvió a aparecer en las Canarias" (*Noticias,* tomo 2º, libro 17, cap. 4 y 5).

Debemos notar en este lugar un error de Viera, admitido por otros varios historiadores. La isla de La Gomera no fue conquistada por Juan de Bethencourt, ni su sobrino Maciot obtuvo mejor éxito. Los ghomerytas eran difíciles de domar y, después del año de 1488, fue cuando se logró someterlos como más adelante lo veremos. Nada encontramos en la relación de los capellanes que confirme los hechos sentados por el autor de las *Noticias* en el libro 5.º, cap. 17, p. 353. La expedición de los portugueses, de la que ya hemos hablado anteriormente, nos prueba al contrario que en 1443 La Gomera se hallaba aún en poder de los príncipes indígenas. Azurara dice explícitamente que Maciot de Bethencourt empezó la conquista de La Gomera: "Mas ha hi outra ilha, que se chama de Gomeira, aqual se trabalhou de conquistar. Mice Ma-

ciote, con alguns castellaños que tomou em sua companhya, e nom poderom acabar sua conquista..." (Azurara, *Chrónica do descob. e conq. de Guine,* cap. 79, p. 375).

Fernán Peraza no pudo establecerse en La Gomera sino después de 1445. En aquella época la mayor parte de la población de la isla gozaba todavía de su independencia, pero Peraza podía contenerla y aún resistir a las insurrecciones suscitadas por los jefes ghomerytas con las fuerzas de que se había rodeado y que componían la guarnición de la famosa torre de La Gomera. La construcción de esta fortaleza, situada cerca de San Sebastián, le había costado 10.000 pistolas (*Noticias,* tomo 2.º, p. 10).

Desistiendo los portugueses de su empresa sobre las Canarias, Fernán Peraza dirige todas sus miras al engrandecimiento de sus dominios. Equipa tres buques de guerra con doscientos ballesteros y trescientos indígenas armados a la manera del país. Con esta fuerza, cuyo mando entrega a su hijo Guillén, hace su primera invasión en la isla de La Palma.

Bajo el gobierno de Fernán Peraza y en una de sus excursiones por las costas de Tenerife, se verificó el robo del joven guanche, Anton, que luego fue el ermitaño de San Blas (Véase *Historia de la Virgen de la Candelaria,* Misceláneas).

Muerte de Guillén Peraza, hijo de Fernán. La expedición mandada por Fernán Peraza sale de la isla de La Gomera y llega a La Palma, al principado de Tihuya, donde gobernaba Echedey, uno de los jefes de las doce tribus de la isla. Este príncipe llama a sus guerreros, los hace marchar bajo el mando de su hermano Chenauco y reúne sus fuerzas a las del valiente Dutinmara, de la tribu de Tagaragre. Esta tropa ocupa inmediatamente los principales desfiladeros y se mantiene en una ventajosa posición hasta

el momento del ataque. Guillén Peraza, arrastrado de su ardor, da orden a sus soldados de atacar al enemigo para desalojarlo de los riscos en donde está atrincherado; pero éste los aguarda a pie firme y arroja sobre ellos una nube de piedras. Guillén vanamente intenta resistir al ímpetu de los bárbaros y, mientras avanza con la espada en la mano, una piedra, arrojada con fuerza, lo hiere en la cabeza y lo deja muerto en el sitio. Con mucho trabajo y pérdida de gente logró Hernán Martel, su lugarteniente, retirar su cuerpo del medio de la refriega y transportarlo a bordo del navío para regresar a La Gomera (Viera, *Noticias,* tomo 1.º, p. 413 y 414). El Padre Abreu Galindo trae en su crónica (libro 1.º, cap. 22) el canto fúnebre que entonaron las poblaciones de La Gomera en las exequias del joven caballero. Esta antigua poesía, de un carácter simple y patético, nos ha parecido digna de ser reproducida.

Llorad las damas
¡Así Dios os vala!
Guillén Peraza
Quedó en La Palma:
Tus campos rompan
Tristes volcanes;
No vean placeres
Sino pesares;
La flor marchita
De la su cara.
No eres Palma,
Eres retama
Eres ciprés
De triste rama
Eres desdicha,
Desdicha mala,
Cubran tus flores

Los arenales
¡Guillén Peraza!
¡Guillén Peraza!
Do está tu escudo
Do está tu lanza,
Todo lo acaba
La mala andanza.

(1452)

Gobierno de don Diego de Herrera y doña Inés. Habiendo muerto Fernán Peraza, padre de Guillén, en la isla de La Gomera en 1452, doña Inés Peraza de las Casas, su hija, y don Diego García de Herrera, su esposo, heredan el señorío de las islas Canarias.

Diego de Herrera llegó a Fuerteventura en 1446 y calmó los disturbios que habían levantado en esta isla las diversas traslaciones de derecho de posesión de las Canarias. Era hijo de Pedro Herrera de García, mariscal de Castilla y señor de Ampudia, y de doña María de Ayala (Viera, *Noticias,* tomo 4.º, p. 428).

(1461)

Herrera hace una tentativa sobre la isla de Canaria y salta en tierra en la Isleta, donde se aprovecha de una entrevista enteramente pacífica con los Guanartemes de Telde y Gáldar para hacer extender por Fernando de Párraga, secretario de sus mandatos, un acta de toma de posesión. Al año siguiente envía al gobernador de Fuerteventura, Alonso de Cabrera, a la cabeza de trescientos hombres para conquistar la Gran Canaria. El obispo Diego López de Illescas tomó parte en esta expedición, que los naturales de Canaria no dejaron desembarcar en el puerto de Gando (*Noticias,* tomo 1.º, libro 6.º, cap. 12).

(1464)

Con todo, don Diego trata de invadir la misma isla con un cuerpo de quinientos hombres; pero, obligado nuevamente a renunciar a su proyecto, se dirige sobre Tenerife, en donde una entrevista con los Menceyes de la isla le da lugar para extender un acta no menos ridícula que la celebrada tres años antes en la Gran Canaria. No obstante, algún tiempo después de esta vana ceremonia de la toma de posesión de Tenerife, los guanches del puerto de Añaza (en la actualidad Santa Cruz) dejan construir una torre que manda levantar sobre el litoral para proteger sus empresas; pero la guarnición encargada de la defensa de este puesto se entrega a excesos culpables con los naturales, es atacada por el Mencey Serdeto a la cabeza de mil guanches y se ve precisado a retirarse delante de un enemigo ultrajado, que al momento destruye la obra de los invasores (*Noticias,* tomo 1º, libro 5.º, cap. 16).

(1466 - 1468)

En otra empresa sobre la Gran Canaria, Herrera trata con los Guanartemes a fin de construir una torre en la costa de Gando, donde establece una guarnición (*Noticias,* tomo 1.º, libro 6.º, cap. 20).

El Infante don Enrique de Portugal, que desde el año de 1424 había intentado varias veces apoderarse de las Canarias en virtud del derecho que se arrogaba por el acta de cesión de Maciot de Bethencourt (véase anteriormente), envía una nueva expedición a las órdenes de Diego de Silva (350). Este se apodera de Lanzarote y obliga a don Diego a refugiarse en las montañas de Fámara. El gobernador Alonso de Cabrera cae prisionero; los portugueses se entregan al pillaje e invaden después a Fuerteven-

tura donde aumentan su botín. Silva se dirige en seguida a la Gran Canaria, pone sitio a la torre de Gando y logra apoderarse de ella después de una resistencia tenaz. Una vez establecido en este puesto prosigue sus excursiones por las islas vecinas. En fin, las contestaciones suscitadas entre las cortes de Castilla y de Lisboa toman un aspecto más pacífico y se arreglan. Don Diego de Herrera y doña Inés de Peraza, su mujer, quedan en posesión de las islas con todas sus prerrogativas señoriales y el casamiento de Diego de Silva con doña María, hija de Herrera, termina estos largos debates (*Noticias,* tomo 1.º, libro 4.º, cap. 18).

(1470)

Pedro Chemida, a quien Herrera había confiado la defensa de la torre de Gando, invade el país vecino, roba los ganados, ataca a los naturales por sorpresa y hace varios prisioneros que envía como esclavos a Lanzarote. Los canarios exasperados caen a su vez sobre una tropa de merodeadores y los matan; otra partida de treinta españoles perece en una emboscada; sus cuerpos son despojados de sus armaduras y los canarios, después de haberse vestido con ellas, marchan sobre la torre, guiados por el Guayre Maninidra, conduciendo un numeroso rebaño con el objeto de engañar mejor a sus enemigos. Tienen además cuidado de hacer marchar en medio del ganado cierto número de los suyos, vestidos con sus tamarcos, imitando a los cautivos. El comandante de la torre, engañado con esta estratagema, les abre las puertas; los canarios penetran en el reducto y lo incendian. Cincuenta hombres y seis caballos perecen en este acontecimiento y Pedro Chemida, así como varios otros obligados a pedir cuartel, quedan en poder de los vencedores.

(1476)

Pedro Chemida, prisionero de los canarios desde el incendio de la torre de Gando, logra ganar la confianza de los Guanartemes de la isla y los induce a hacer la paz con Herrera. Los príncipes bárbaros ceden a sus insinuaciones y una asamblea general de los dos estados de Gáldar y de Telde acuerda enviar una diputación a don Diego. Este gran *sabor*, presidido por los Guanartemes asistidos de sus consejeros, nombra diez diputados tomados de cada distrito o tribu (351). Pedro Chemida es el encargado de ir a presentar la embajada y sale para Lanzarote en donde las bases del tratado son aceptadas. Por este acto, verificado el 11 de enero de 1476, convinieron ambas partes en devolverse sus prisioneros y rehenes, consintiendo los canarios en ceder a Herrera y a sus sucesores el derecho de recoger la orchilla en la isla (*Noticias*, tomo 1.º, libro 6.º, cap. 24).

La alianza de Diego de Silva con la casa señorial de las Canarias aumentó las fuerzas de Herrera con un cuerpo de ochocientos portugueses y éste, contando con el valor de sus auxiliares, no tarda en violar los compromisos contraídos e invade nuevamente la isla de Canaria por el puerto de Gando. Marcha con su yerno contra el distrito de Agüímes a la cabeza de quinientos hombres, pero atacado vigorosamente por las tropas del Guanarteme de Telde se ve bien pronto obligado a tocar retirada con pérdida de veinticinco de los suyos y treinta heridos. No obstante, Herrera no desespera del éxito de su empresa y, creyendo que tendría más ventaja atacando al enemigo por otro punto, destaca a Silva con doscientos hombres para hacer un desembarco en los estados de Gáldar. Pero esta segunda tentativa no tuvo mejor éxito que la primera. Silva, cercado en el sitio donde se había

atrincherado, se vio precisado a capitular y la generosidad del Guanarteme Tenesor Semidán logra salvarlo tanto a él como a los suyos del mal paso en que había tenido la imprudencia de comprometerse. El jefe portugués, junto de nuevo con Herrera, le aconseja el retirarse, pero don Diego, irritado con su doble derrota, quiere tentar otra vez la fortuna y avanza contra el territorio de Telde. Bentaguayre, a la cabeza de un cuerpo de tropa, no tarda en atacarlo y bien pronto la acción se hace general. Tenesor Semidán y el Guayre Maninidra se hallaban próximos a caer prisioneros cuando Silva, acordándose de su capitulación y de la deuda que había contraído con el magnánimo príncipe de Gáldar, logra proteger su retirada. Herrera, por su parte, se embarca para Lanzarote y Diego de Silva, fiel a la fe jurada, se retira a Lisboa con su mujer, llevando consigo a todos los portugueses que tenía a sus órdenes (*Noticias*, tomo 1.º, libro 6.º, cap. 19).

(1477)

La población de Lanzarote, disgustada de la guerra infructuosa a que la arrastra la ambición de Herrera y deplorando tantos sacrificios de hombres y dinero, se levanta contra aquel poder señorial y despótico. Dirige quejas a la corte; se hacen valer nuevamente los derechos de Juan de Bethencourt sobre las islas Canarias: derechos que por la muerte de este conquistador deben volver a la corona de Castilla, puesto que ningún heredero legítimo se ha presentado para reclamarlos. La rebelión estalla en los dominios de don Diego; el pueblo quiere hacerse justicia con sus propias manos y la sangre corre en las calles de Teguise. Dos comisarios reales son enviados a las Canarias y después de una larga informa-

ción, mandada por SS. MM. Católicas Fernando e Isabel, se logra calmar las poblaciones sublevadas, haciéndoles concesiones. Pero la corte de España, a la par que mantiene a Diego de Herrera y a doña Inés en sus derechos señoriales sobre las islas de Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera, agrega al dominio de la corona las islas de Canaria, Tenerife y La Palma que proyecta conquistar. En virtud de esta determinación, Herrera, renunciando a sus pretensiones sobre la parte del archipiélago aún independiente, recibe por indemnización cinco millones de mrs. (cerca de 65.000 fs.) y el título de Conde de La Gomera (*Noticias*, tomo 1.º, lib. 6.º, caps. 24 y 26 y tomo 2.º, lib. 7.º, caps. 10, 13).

Desde entonces, el ambicioso e infatigable don Diego, encontrándose demasiado estrecho en las islas Canarias, empezó sus excursiones sobre la costa de Africa. Una serie de empresas, coronadas de feliz éxito, le suministraron esclavos moros con que pobló sus dominios y que reemplazaron a los guanches, que ya no podía sacar de Tenerife y de las islas vecinas.

Conquista de la Gran Canaria.

(1478)

Desembarco de la expedición. Por orden de los Reyes Católicos, seiscientos soldados de infantería y treinta caballos se reclutan en Sevilla, Cádiz y sus inmediaciones. Juan Rejón "descendiente de una familia ilustre del reino de León y dedicado desde su juventud al ejercicio de las armas" (Viera, *Noticias*, tomo 2.º, p. 32) es elegido capitán general de la conquista; toma el mando de la expedición, en la que se alistan Alonso de Soto-Mayor como portaestandarte, varios nobles voluntarios y otros aventureros. El 28 de mayo dan la vela del puerto de Santa María y el 24 de junio por la mañana desembarcan en la playa solitaria de la Isleta. "En una choza, formada de ramas de palmera, —dice el autor de las *Noticias*— fue donde se celebró la primera misa, que todo el ejército conquistador oyó con devoción, pidiendo, con las armas en la mano, la asistencia divina para exterminar a este pobre pueblo, cuyo territorio venía a invadir..." Después de la ceremonia, Juan Rejón se dispone a marchar con su tropa contra el distrito de Gando para ocupar la fortaleza construida por Herrera; pero una vieja canaria, que los historiadores de la conquista hacen intervenir como un personaje milagroso, aconseja al general español que acampe en la embocadura del barranco de Guiniguada en un sitio sombreado de palmas y de higueras, donde el ejército podía procurarse agua en abundancia. Allí estableció Juan Rejón su cuartel, y el *Real de Las Palmas* llegó a ser después la ciudad de Las Palmas.

Combate de Guiniguada. El 28 de junio, mientras que las tropas trabajaban en formar la cerca de piedras y de troncos de árboles en cuyo centro se le-

vantaba ya una torre y un vasto almacén de provisiones, dos mil canarios *de mil y quinientos con escudo, lanza y espada,* atacan el campo español. Doramas, Guanarteme de Telde, había reunido sus fuerzas con las del príncipe de Gáldar Tenesor Semidán. El enemigo se presentaba en dos cuerpos: uno mandado por Doramas y otro por Adargoma, valeroso guerrero de Gáldar. Queriendo ganar tiempo Juan Rejón con el fin de tomar sus disposiciones, envía un parlamento a Doramas para inducirlo a la paz y pedir su amistad y sumisión a los Reyes Católicos; pero el príncipe bárbaro —refiere Galindo en su libro 2.º, cap. 10— contestó a Rejón como un general espartano: "Decid a vuestro capitán que mañana le llevaré la respuesta".

Al salir la aurora, los canarios se disponen a forzar el campo español y Doramas arenga a los suyos en estos términos: "Ese puñado de extranjeros que véis cerrados en ese recinto, pertenece a la raza cruel que hace un siglo introduce el desorden y la desolación en nuestros hogares. Estos hombres son los que hemos vencido en tantos encuentros; a ellos es a quienes hemos castigado después del incendio de la torre de Gando; ellos son también los que tuvimos cercados en el tagoror de Gáldar como peces en las mallas de nuestras redes. ¡Ningún cuartel para ellos! Pongamos de una vez nuestras mujeres, nuestros hijos, nuestro honor y nuestra independencia al abrigo de sus insultos. Acordaos que Alcorac nos dio este país y que el gran Artemi murió combatiendo contra el valeroso Bethencourt" (352). Los canarios, excitados por estas palabras, arrojan gritos de furor y se precipitan sobre los atrincheramientos. La victoria permanece indecisa durante tres horas de un combate encarnizado. Adargoma y los guayres Maninidra y Tasarte, a la cabeza de los de Gáldar, atacan la izquier-

da mandada por Solorzano e introducen el desorden; pero Juan Rejón, que guiaba el centro, acude a galope, hiere a Adargoma de un lanzazo y lo hace prisionero. La pérdida de este jefe redobla un instante el furor de los bárbaros; no obstante, Doramas, viendo caer los más valientes y reconociendo la ventaja de los españoles por su posición atrincherada, los estragos de su artillería y el espanto producido por los caballos que arrojan sobre su tropa, se decide a tocar a retirada.

Trescientos canarios quedaron tendidos en el campo de batalla. La pérdida de los españoles fue de siete muertos y veintiséis heridos. Alonso Fernández de Lugo, que tanto se distinguió después por la conquista de Tenerife y La Palma, asistía al combate de Guiniguada y mandaba la derecha; el canónigo Bermúdez, Deán de San Marcial de Rubicón, tenía bajo sus órdenes la caballería. Adargoma, después de bautizado y curado de sus heridas, fue deportado a España y llegó a ser esclavo del Arzobispo de Sevilla (véase anteriormente). Los españoles, envalentonados con esta primera victoria, adelantáronse hacia el interior de la isla y trajeron nuevos prisioneros que embarcaron para España (*Noticias,* tomo 2.º, lib. 7.º, caps. 14, 16).

Disputa entre el general Rejón y el canónigo Bermúdez. Sin embargo, la conquista hacía pocos progresos: los jefes canarios se habían retirado con la mayor parte de las poblaciones de la isla a valles inaccesibles. Los portugueses, que a la sazón se hallaban en guerra con los españoles, los inquietaron en sus operaciones y aún auxiliaban a sus enemigos. La carestía de los víveres y el descontento habían indispuesto los ánimos contra Juan Rejón y la indisciplina empezaba a manifestarse en el *Real de Las Palmas.* Pronto la insubordinación llegó a ser más audaz:

Bermúdez se hizo un partido poderoso contra el capitán general; vitupera su sistema administrativo y le echa en cara su inacción. Rejón, bajo el pretexto de apaciguar a los descontentos y de poner remedio a la carestía de víveres, se embarca para Lanzarote y va a pedir socorros a don Diego Herrera; pero éste, habiendo sabido que conducía ciertos individuos expulsados de la isla, desconfía de sus intenciones y le intima la orden de retirarse. El general castellano, ultrajado con la repulsa de don Diego, se retira después de haber hecho descargar los dos cañones de su carabela sobre la tropa que el señor de Lanzarote havía enviado para oponerse a su desembarco (*Noticias,* tomo 2.º, lib. 7.º, caps. 23-29).

(1479)

A su regreso a Canaria, Rejón sabe la llegada de un gobernador militar, Pedro del Algaba, a quien la corte de España, a solicitud de Bermúdez, había encargado de examinar la conducta del capitán general. El astuto canónigo, que ya había atraído a su partido a este gobernador, le aconseja en primer lugar el disimulo; algunos días después, y en una comida que parecía deber concluir con la reconciliación, Rejón es arrestado, cargado de cadenas y enviado a Sevilla. Bermúdez, una vez desembarazado de su enemigo, se arroja atolondradamente a empresas arriesgadas. Una expedición que dirige sobre el territorio de Tenoya cuesta la vida a varios de los suyos, con pérdida de cinco caballos (*Noticias,* tomo 2.º, lib. 7.º, caps. 20-22).

El general Rejón llega a Sevilla y es repuesto en su destino después de ser reconocido inocente. Los comisarios de la conquista arman en Cádiz cuatro buques provistos de víveres, de municiones de guerra

y de algunos nuevos reclutas; Pedro Hernández Cabrón toma el mando de esta escuadrilla y Juan Rejón, acompañado del nuevo obispo de Rubicón, don Juan Frías, vuelve a tomar el camino de Canaria, pero a su llegada ante el *Real de Las Palmas* los pasos conciliadores del obispo no pueden lograr calmar la facción contraria. El gobernador Algaba y el canónigo Bermúdez se oponen al desembarco del general, que se ve obligado a regresar a Cádiz en uno de los buques de la escuadrilla (*Noticias,* tomo 2.º lib. 7.º, caps. 23 y siguientes).

Ataque de Tirajana. Sin embargo, el gobernador, no queriendo dejar las tropas en inacción y deseando aprovecharse de los socorros venidos de España, emprende una nueva expedición, en la que toma parte el obispo Frías, como simple voluntario. Un desembarco se verifica en la costa de Arguineguín y los españoles penetran en el valle de Tirajana sin encontrar obstáculo alguno. Pero mientras regresan a sus navíos llevándose una cantidad considerable de cebada, de higos secos y de ganado que los canarios les habían abandonado, son atacados repentinamente en los desfiladeros de la costa y derrotados completamente.

Esta fatal jornada les cuesta veintidós muertos, cien heridos y ochenta prisioneros, que, gracias a la generosidad del Guanarteme de Telde, fueron devueltos en rescate (*Noticias,* tomo 2.º, lib. 7.º, p. 25).

(1480)

Regreso de Juan Rejón a Canaria. Mientras tanto, Juan Rejón, habiendo obtenido satisfacción en España del desprecio que se había hecho de su persona, recibe de la corte poderes ilimitados para hacer respetar su autoridad y castigar en caso necesario a los

culpables. Un navío bien provisto se pone a su disposición. El 22 de mayo el capitán general llega a la costa de Canaria, salta en tierra en medio de la noche, seguido de treinta soldados decididos que trae de España; marcha sobre el *Real de Las Palmas,* se hace reconocer de los centinelas y se introduce clandestinamente en el recinto del campo favorecido por las tinieblas. Aquí, después de haber permanecido oculto hasta el día siguiente por la mañana en el cuartel de un jefe de su partido, se manifiesta a los soldados antes que salga el gobernador de la capilla, en donde había ido a oír misa con sus adictos. Rejón, siempre seguido de su gente armada y de los de su facción que se habían unido a él, penetra en la iglesia a los repetidos gritos de *¡Viva el rey!* Algaba, arrestado al momento, es conducido y encerrado en la torre. Bermúdez y algunos otros de su partido experimentan la misma suerte. Las órdenes que el capitán general ha recibido de los Reyes Católicos son proclamadas en la plaza de armas al son de las trompetas y clarines, para que todos reconozcan la autoridad absoluta de Juan Rejón; Algaba, juzgado por un tribunal militar, es condenado a ser decapitado y la sentencia no tarde en ejecutarse en el mismo recinto del campo. El canónigo Bermúdez, desterrado a Lanzarote, muere de despecho a los pocos días de su llegada a la isla (*Noticias,* tomo 2.º, lib. 7.º, caps. 26 y siguientes).

Juan Rejón destituido y reemplazado por Pedro de Vera. La viuda y los hijos del desgraciado Algaba apelan a la justicia de Isabel de Castilla contra el atentado judicial cometido por Juan Rejón y se desaprueba la ejecución del gobernador. Pedro de Vera, educado en la corte del rey Enrique, es nombrado gobernador de Canaria y capitán general de la conquista. Sale de Cádiz con tres buques, ciento cincuen-

ta ballesteros y veinte caballos. El 18 de agosto llega al *Real de Las Palmas,* intima a Rejón la orden de su destitución y lo hace conducir a España. El bagaje y los efectos de campaña del antiguo general fueron confiscados y vendidos en almoneda pública (353).

Continuación de la conquista por Pedro de Vera. El nuevo gobernador no tarda en dar pruebas de la astuta política que debía dirigirlo en sus operaciones. A su llegada al *Real de Las Palmas* más de doscientos canarios bautizados frecuentaban amigablemente el campo español. Vera, desconfiando de aquellos bárbaros y queriendo economizar víveres, los induce a embarcarse en una de sus carabelas con el pretexto de enviarlos a Tenerife para conquistar esta isla aún insumisa. Sin embargo, da secretamente la orden de dirigirse a España para que aquellos doscientos desgraciados isleños sean vendidos como cautivos (354). Pero éstos sospechan el infame proyecto y obligan al capitán de la carabela a desembarcar en Lanzarote, donde Diego de Herrera los acoge con humanidad (355).

Esta perfidia de Pedro de Vera indispone contra él a los canarios; un destacamento español, salido del campo para buscar víveres, es atacado casi al momento y se retira con cuarenta heridos después de haber dejado siete muertos en el sitio.

Muerte de Doramas. Pedro de Vera toma la resolución de entrar en campaña y manda ocupar las montañas de Arucas. Doramas, jefe de los de Telde, se coloca con sus tropas en las alturas y, confiando en su valor, envía al general español un desafío concebido en estos términos: "Si entre esos extranjeros afeminados se encuentra uno que quiera combatir conmigo, podrá evitarse una batalla". Pedro de Vera, que había adquirido fama en los combates singu-

lares (356), quiere sostener su reputación y aceptar al instante, pero sus oficiales se oponen y Juan de Hozes, montado en su caballo andaluz, sale al encuentro de Doramas. El príncipe canario, colocado ya delante de su tropa, lo aguarda a pie firme y, en el momento que lo ve a tiro, le arroja su venablo con tal fuerza, que atravesando el escudo y la cota de malla del castellano, lo deja muerto del golpe. Pedro de Vera, transportado de furor, se abalanza entonces contra el Guanarteme. Un segundo venablo atraviesa el escudo del general, que evita el golpe por un movimiento rápido, y anima su caballo con la espuela para correr sobre su enemigo. Un tercer dardo es evitado con la misma facilidad y Doramas, a quien Pedro de Vera llegó a alcanzar, queda atravesado de un lanzazo. El príncipe de Telde, herido mortalmente, pide gracia a su vencedor; pero sus compañeros quieren vengar su derrota: principia entonces la pelea entre ambos ejércitos y las tropas canarias, derrotadas casi al momento, efectúan su retirada, abandonando un gran número de muertos y heridos sobre el campo de batalla. (Galindo. *Mans.* Lib. 2.º, cap. 18. Viera, *Noticias,* tomo 2.º, p. 70 y 72).

Después de esta victoria, Pedro de Vera regresa al *Real de Las Palmas* y hace transportar al Guanarteme moribundo. Pero apenas se ponen en marcha, que el herido, extenuado por sus sufrimientos y la pérdida de la sangre, expira recibiendo el bautismo. Todo el ejército asistió a sus exequias; su cuerpo fue entregado a los canarios, quienes lo enterraron en la célebre montaña que aún lleva su nombre. Así murió cubierto de gloria este héroe, que, por su valor y brillantes cualidades, se había elevado al primer rango. La patria en llanto lo saludó con el nombre del *último de los canarios* (Viera, tomo 2.º, p. 72).

Construcción del fuerte del Agaete. Segundo

combate de Tirajana. La muerte de Doramas tuvo terribles consecuencias para la libertad canaria: los españoles quedaron dueños de los distritos de Telde, Satanejo, Arucas y Moya; el enemigo, fortificado en las alturas de Gáldar y Tamaraceite, no se atrevía a aventurarse fuera de la morada que había escogido. En estas circunstancias, Pedro de Vera, reconociendo la importancia de un puesto en la costa occidental de la isla, ordena la construcción del fuerte del Agaete, que provee de una guarnición de cincuenta infantes y diez caballos, al mando de Alonso de Lugo; en seguida, destacando otro cuerpo de tropa sobre Tirajana a fin de desalojar la población de este distrito de los riscos casi inaccesibles donde se mantiene atrincherada.

Los españoles empiezan el ataque, pero heridos la mayor parte por las piedras que hacen rodar sobre ellos, se ven obligados a tocar retirada, con pérdida de veinticinco hombres. El capitán general, instruido de este desastre, se apresura a remediarlo. Hace adelantar refuerzos, vuelve varias veces a la carga y logra apoderarse de las posiciones enemigas.

Sin embargo, a pesar de estos éxitos, el valor y el patriotismo de los canarios no se amortigua. Bentaguayre, uno de los más valientes guerreros de Telde, no cesa de inquietar al *Real de Las Palmas;* sus estratagemas secundan su audacia: sorprende a los centinelas, penetra de noche en el campo español, degüella a los caballos de Pedro de Vera y todo lo pone en alarma con sus imprevistos ataques (Galindo, *Mans.* libro 2.º, cap. 19. Viera, *Noticias,* tomo 2.º, p. 72, 76).

Regreso y muerte de Juan Rejón. Mientras tanto, Juan Rejón, que había logrado otra vez el favor de la corte, se presenta a la vista del campo de Guiniguada con cuatro grandes buques de transporte bien

prevositos y montados con trescientos infantes y veinte caballos. El viejo general, nombrado *Adelantado* para la conquista de Tenerife y de La Palma por la protección de la reina Isabel, llegaba a Canaria lleno de orgullo; pero Pedro de Vera le impide saltar en tierra y la expedición, contrariada por los vientos, arriba a La Gomera. Juan Rejón con su mujer, sus dos hijos y varias personas de su comitiva, desembarcan en la playa de Areniga para tomar algunos instantes de descanso. Hernán Peraza, hijo de don Diego, que mandaba en esta isla, envía al momento gente armada para arrestarlo y conducirlo a su presencia. Rejón, viendo su dignidad comprometida, se dispone a resistir; trábase una lucha con los emisarios de don Hernán y el *Adelantado* es despiadamente asesinado en medio de su familia. Los capitanes de los buques expedicionarios, al saber este trágico acontecimiento, renuncian a la empresa de la conquista y regresan a España. Doña Elvira Soto-Mayor toma en seguida el camino de Sevilla para implorar la justicia de los Reyes Católicos contra el asesino de su esposo. Hernán Peraza es llamado a la corte a dar cuenta de su conducta, pero, sostenido por una numerosa parentela, es absuelto de la acusación producida contra él. La reina Isabel le concede la mano de doña Beatriz de Bobadilla, su prima, dama de honor, y le impone por toda pena el auxiliar a Pedro de Vera con un cuerpo de tropa a fin de acelerar la conquista de Canaria (Gal. *Mans.* Libro 2.º, cap. 20-21. Viera, *Noticias,* tomo 2.º, lib. 7.º, p. 76-82).

Ataque de Gáldar. Sumisión del Guanarteme. Hernán Peraza, de regreso a las Canarias, refuerza el castillo del Agaete con ochenta ghomerytas, doce caballos y setenta lanzaroteños, que su padre le había enviado. Pedro de Vera, al saber de su llegada, le manda marchar sobre Gáldar, mientras que él se dis-

pone a atacar a los canarios de este distrito por Moya y Arucas. Según este aviso, Hernán Peraza y Alonso de Lugo salen de noche del fuerte del Agaete con su tropa, sorprenden al enemigo en el camino de Artenara y lo derrotan. Al rayar el día, entran en Gáldar, penetran en el palacio de Tenesor Semidán y se apoderan de su persona, de cuatro de sus guayres y de once de sus servidores. Después de este importante suceso, las tropas de Agaete, llevando consigo los prisioneros y una gran cantidad de ganado y provisiones, se ponen en marcha para el *Real de Las Palmas* a fin de reunirse con las de Vera. Tenesor y sus guayres son enviados a España para ser presentados a SS. MM. Católicas como trofeo de su victoria. El desgraciado Guanarteme llega a la corte con sus compañeros de infortunio. Es recibido con gran pompa y, a petición suya, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla lo presentan en la pila bautismal de la catedral de Toledo. "El cardenal don Pedro González de Mendoza lo bautizó y don Fernando de Aragón fue su padrino. Este monarca lo hizo vestir con un traje de corte y dio a los guayres que lo habían acompañado un vestido análogo a su rango" (*Noticias,* tomo 2°, p. 85).

Tenesor Semidán, que los historiadores de la conquista llamaron después de su bautismo don *Fernando Guanarteme,* es enviado a la Gran Canaria para lograr que sus súbditos no opongan más resistencia y se sometan a los Reyes Católicos, prometiéndoles concesiones y privilegios (Nebrija, *Decad.* II. Libro 2.°, cap 1. *Noticias,* tomo 2.°, libro 7.°, cap. 4).

Nuevo armamento para la Gran Canaria. Progresos de la conquista. No obstante, a pesar de las ventajas conseguidas por Pedro de Vera, este general necesitaba nuevos refuerzos. Los combates multiplicados habían disminudo considerablemente el

número de sus tropas y los obstáculos que la naturaleza del terreno oponía a sus operaciones lo obligaba a dividir sus fuerzas sobre varios puntos a la vez. La corte de España mandó en consecuencia hacer nuevas levas en Vizcaya y en las montañas de Burgos a fin de procurarse gente capaz de resistir a las fatigas de una guerra penosa y acostumbrada a las marchas forzadas en los países montañosos. Trescientos hombres de estas provincias, conducidos por Miguel de Mújica, fueron destinados para Canaria. Se mandó también al comandante de las tropas de la Santa Hermandad de Andalucía separar de este cuerpo dos compañías de caballería ligera y una de ballesteros, formando en todo un contingente de doscientos sesenta hombres. A la llegada de este refuerzo, Pedro de Vera no desespera de reducir a las tribus aún insumisas. Sin embargo, los canarios, más tenaces en su resistencia desesperada, proclaman a Bentejuí por su guanarteme y este nuevo jefe, asistido del valiente Tazarte y de Hecher Hamenat, dos guayres de nombradía, toma al momento la dirección de la guerra. Por otro lado, el antiguo guanarteme don Fernando, que acababan de enviar a su patria, recibe la orden del general Vera de entrar en sus estados de Gáldar para pacificar el país. El príncipe se presenta, pues, en medio de los suyos; pero todas sus insinuaciones nada pueden en los ánimos. Los intrépidos galdeanos le escuchan con un sentimiento de indignación y vergüenza; su brillante vestido español no les impone. "¡Y qué! —le responden—. ¡Tenesor Semidán, el hombre que debía haber muerto por nuestra independencia, a quien habíamos apellidado el *bueno* (357), se ha pasado al partido de nuestros perseguidores! ¿Es éste el hijo de Artemí que nos defendió contra Bethencourt? ¡Ah! Guanarteme degenerado, indigno de tu raza y de tu nombre, re-

gresa al lado de los pérfidos que te engañan, regresa para adular a esos perros hambrientos... ¡Vete y déjanos morir con honor!". El anciano príncipe quiere protestar contra las intenciones que le suponen; hace valer que es prisionero de guerra y que obedece las órdenes de un vencedor poderoso. Entonces, el valiente Tazarte, enseñándole las alturas vecinas ocupadas por sus guerreros, le dice con voz firme: "¡Y bien! Quédate con nosotros: ¡recupera tu dignidad! Tú volverás a encontrar aquí hombres que saben combatir y morir. Canaria no se halla aún destruida. ¡Mira! Siempre está de pie sobre esos riscos". Después de esta tierna escena, el guanarteme, confundido con el mal resultado de su comisión, regresa al lado de Vera y le pinta los peligros de un ataque en los altos valles en donde sus valerosos compatriotas se mantienen atrincherados (Castillo, *mans,* lib. 2.º, cap. 17. Viera, *Noticias,* tomo 2.º, p. 88-90).

Sitio de Bentayga y derrota de las tropas españolas. Pedro de Vera quiere, sin embargo, forzar al enemigo en sus últimos baluartes. Hace rodear las cercanías de Bentayga, posición inexpugnable, donde Bentejuí se había establecido con los suyos; pero después de quince días de bloqueo el capitán general se decide a intentar el asalto y da orden de atacar. Los isleños se defienden valerosamente y combaten con ventaja. Troncos de árboles, masas de piedra ruedan sobre el ejército español y llevan consigo la muerte y la destrucción. Pedro de Vera, renunciando a su empresa, toca a retirada y acampa sus tropas en los valles inferiores de Acayro y de Tirajana (*Noticias,* tomo 2º, libro 7º, cap. 43).

Ataques de Tirajana, Amodar y Fataga. Después de este combate desgraciado, el general español alista en su ejército los canarios que se habían rendido y se hace guiar por estos auxiliares para atacar el

puesto de Titana, que el enemigo acababa de ocupar. Titana, por su posición, no es menos formidable que Bentayga, pero los guías del ejército español indican los desfiladeros que conducen a la cima de la montaña y Pedro de Vera, al llegar delante de los atrincheramientos, los gana a viva fuerza y se apodera de todos los víveres que encerraban. Veinticinco canarios del partido de Bentejuí pierden la vida en esta acción atrevida (Gal., *mans.,* libro 2.º, cap. 24. Viera, tomo 2º, p. 91).

Otro combate aún más decisivo se verifica en las cercanías de Cendro. Vera combina un ataque simultáneo con quinientos canarios a las órdenes de don Fernando Guanarteme y la división española que manda en persona. El faycán Aytami, con doscientos hombres de tropa, opone en el principio alguna resistencia, pero la unión de los españoles y de los galdeanos decide de la victoria y trescientos indígenas pasan al momento a las filas del vencedor (Cast., *mans.,* libro 2.º, cap. 17. Viera, *Noticias,* tomo 2.º, p. 91).

Sin embargo era necesario desalojar al enemigo de dos posiciones importantes para concluir la campaña. La montaña de Amodar, rodeada de precipicios, presentaba por todas partes una muralla de riscos inabordables. Un sendero escarpado y tortuoso conducía a una primera meseta sobre la cual se levantaba un risco escarpado. Los españoles aguerridos ya contra estos obstáculos y guiados por sus auxiliares escalan esta fortaleza natural, llegan a la cima y matan a todos los que una pronta fuga no salva de su furor. En la fuerza de la pelea se vieron a dos mujeres canarias precipitarse desde lo alto de la montaña en el momento de caer prisioneras y dar de este modo un nuevo ejemplo de valor (358). Envalentonados los españoles con el éxito de estos comba-

tes persiguen a los enemigos derrotados y los embisten como fieras en sus últimas guaridas. Aytamí, faycán de Gáldar y tío del antiguo guanarteme, viendo que toda resistencia es inútil, se rinde con los de su partido y aconseja a Tazarte deponer las armas (359). Pero aquel intrépido canario, desesperado de esta nueva deserción, prefiere matarse y ejecuta su heroica resolución arrojándose al mar desde la cima de Tirma (*Noticias,* tomo 2º, libro 7º, cap. 44).

Pedro de Vera, ansioso de concluir con lo que queda de esta belicosa nación, ataca el puesto de Ajodar, donde se habían refugiado los últimos defensores de la independencia canaria. Miguel de Mújica recibe la orden de colocarse del lado de la playa y aguardar la señal del combate; pero este oficial no hace caso de las instrucciones de su general y ataca sin detenerse con su cuerpo de ballesteros. Los canarios dejan acercar a los españoles y, en el momento en que los ven a tiro, los abruman con una masa de riscos y de piedras que tenían preparadas para su defensa. Salen entonces de sus atrincheramientos y hacen pedazos a todos los que todavía quedan de pie. Miguel de Mújica y la mayor parte de sus vizcaínos perdieron la vida en esta fatal empresa. Ni uno hubiera escapado si Pedro de Vera y don Fernando Guanarteme no hubiesen acudido a socorrer a los fugitivos (*Noticias,* tomo 2º, libro 7º, cap. 45).

(1483)

Fin de la conquista de la Gran Canaria. Mientras que Pedro de Vera verifica su retirada, llega a su noticia que trescientos insulares han reforzado el puesto de Ajodar. A esta noticia, el general español acelera su marcha y llega al *Real de Las Palmas,* donde reconcentra sus tropas.

El 8 de abril pasa una revista general a todas sus fuerzas, que, comprendiendo a los canarios auxiliares, se componían de mil combatientes. Con este pequeño ejército, estando bien provisto de víveres, todo hacía esperar un éxito completo en la campaña que iba a abrirse. Se sabía por los espías que el enemigo, en número de seiscientos hombres de guerra, estaba atrincherado en el valle de Ansite con mil quinientas mujeres, ancianos y niños y que este último resto de la población canaria reconocía la autoridad del guanarteme Bentejuí y del faycán de Telde.

Pedro de Vera se pone al momento en marcha para acampar al pie de las montañas que rodean al valle. El 29 de abril, don Fernando Guanarteme es enviado de parlamentario para hacer proposiciones de paz, pero, teniendo lástima del triste estado a que se encuentra reducido lo que queda aún de aquel pobre pueblo en vísperas de ser esclavo, no puede contener sus lágrimas y le conjura de no atraer sobre sí mayores infortunios, prometiéndole la generosidad del vencedor. Los canarios se dejan persuadir por su antiguo guanarteme; arrojan sus armas y quieren que don Fernando los conduzca inmediatamente ante el general español y sea garante de la pacificación. Entonces, Bentejuí y el faycán de Telde, viendo perdida para siempre la causa de la patria, suben al risco de Ansite y ambos, abrazados, se precipitan al grito de *¡Atis Tirma!*

Don Fernando, que acaba de volver a encontrar en el valle a su hija Guayarmina, la prometida del desgraciado Bentejuí, se adelanta hacia el campo español acompañado de los canarios desarmados y dirige al general estas palabras notables: "Unos pobres isleños, hace poco independientes, entregan su país a los Reyes Católicos y ponen sus personas y bienes bajo la poderosa protección de sus nuevos señores".

De este modo se dio fin a la conquista de la isla; el obispo Frías entonó el *Te Deum* y por la tarde, habiendo regresado el ejército al *Real de Las Palmas,* el alférez Alonso Jáimez subió a lo alto de la torre del campamento, desplegó el estandarte real y gritó tres veces en medio de mil vivas repetidos: "La Gran Canaria, por los muy altos y poderosos Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, nuestros señores, Rey y Reina de Castilla y Aragón" (Gal., *mans.,* libro 2º, cap. 25. *Noticias,* tomo 2º, p. 95-98).

Estado político de las Islas Canarias desde 1483 *a* 1488

Cinco años habían transcurrido desde la conquista de la Gran Canaria y la colonización había hecho rápidos progresos en la parte del archipiélago sometido al poder español. Pedro de Vera recogía los frutos de su victoria y con su parte en la adjudicación de las tierras estaban bien pagados sus servicios. Las alianzas de los Perazas con los Herreras y los Saavedras colocaban a Lanzarote, Fuerteventura, la isla del Hierro y de La Gomera bajo la autoridad de una familia poderosa y que hacía vanagloria de sus derechos. Las poblaciones indígenas, aunque debilitadas por las guerras pasadas, conservaban sin embargo bajo el yugo de la esclavitud ese amor a la independencia que por tanto tiempo sostuvo su valor. La invasión del país por una raza extranjera no había borrado el carácter nacional. El ardor belicoso, los deseos de sublevación, las susceptibilidades que preceden a la ofensa, los odios que conducen a la venganza, hervían siempre en el fondo de los corazones. Varias veces los lanzaroteños se habían sublevado contra un régimen feudal que los entregaba a los caprichos de su señor; la isla del Hierro tuvo sus insurrecciones; aún la misma Canaria, después de su conquista, conservó en sus montañas algunos hombres libres que inquietaban a los dominadores (360). Los gomeros, por su parte, procuraban por todos medios sustraerse de una administración despótica; siempre turbulentos y más difíciles de domar a medida que se quería restringir su libertad, no cesaban de inspirar temores.

(1488)

Levantamiento de los gomeros y muerte de Hernán Peraza, hijo de don Diego Herrera. En estas cir-

cunstancias, un nuevo motín estalla en La Gomera y Hernán Peraza se ve obligado a encerrarse en la fortaleza de la isla con su mujer y su servidumbre. Pedro de Vera, instruido de este acontecimiento, abandona su residencia de Canaria, acude con tropas y los rebeldes, perseguidos hasta sus montañas, tienen que someterse a la ley del vencedor. Pero su obediencia no dura más que un instante, pues apenas el capitán general regresa a Canaria con doscientos prisioneros de guerra, cuando los gomeros se vuelven a sublevar.

La tiranía de Hernán Peraza y el desprecio que afectaba hacia sus vasallos había dado lugar a este levantamiento general. Hacía tiempo que este señor tenía secretas relaciones con la hermosa Iballa, joven isleña del distrito de Guahedun, que formaba parte de sus estados. Una conspiración dirigida por Hupalupu, uno de los jefes más influyentes, se tramaba en la tribu de Mulagua y decidieron, para librarse del tirano, aprovechar la primera ocasión favorable, que no tardó en presentarse.

Hernán Peraza había dado una cita a Iballa en la cueva de Guahedun y los ghomerytas, ocultos en las cercanías, lo aguardaban al salir. Sospechando Iballa el peligro avisa al joven conde, quien viste al momento su coraza, toma sus armas y sale precipitadamente para arredrar a los rebeldes; pero Hautacuperche, pariente de Iballa, que se hallaba al acecho sobre la cueva, le arroja su venablo y lo atraviesa de parte a parte. Dos pajes de don Hernán experimentan la misma suerte y aquel triple asesinato es la señal de la insurrección.

Doña Beatriz de Bobadilla, la desgraciada viuda del conde, se vio obligada a encerrarse nuevamente en la torre con su familia y algunos isleños de la tribu de Orone, que habían permanecido fieles. Los rebeldes, guiados por Hautacuperche, sitian el torreón; pero los

servidores de doña Beatriz, mandados por Alonso de Ocampo y Antonio de la Peña, oponen una valerosa resistencia y matan a Hautacuperche de un ballestazo mientras intentaba el asalto. La muerte de este jefe atrevido desconcierta a los rebeldes que se refugian en las montañas de Garagonache, cuyas poblaciones sublevan.

Mientras tanto, Pedro de Vera, que había sabido lo que pasaba en La Gomera, llega de Canaria con cuatrocientos soldados aguerridos. Sin embargo, no queriendo arriesgar un combate desigual contra un pueblo sublevado, disimula de pronto y publica un armisticio invitando a todos los gomeros a reunirse en la iglesia parroquial para asistir a las exequias de su señor. La mayor parte obedecen, temiendo ser considerados como culpables si rehusan presentarse al llamamiento del general; pero bien pronto la perfidia del implacable don Pedro se descubre: a medida que los gomeros acuden a la iglesia son cogidos por los soldados y puestos en lugar seguro. Pedro de Vera marcha en seguida contra el distrito de Garagonache, se apodera por sorpresa de los que no habían obedecido a su primera orden, los conduce a la villa con una buena escolta y da principio a las más sangrientas ejecuciones.

Todos los habitantes del distrito de Agana mayores de quince años, y que se consideraban como los más temibles, fueron condenados a muerte; unos ahogados, otros arrastrados por las calles, varios mutilados de pies y manos. Un gran número de naturales de otros puntos de la isla fueron expatriados y vendidos como esclavos. Descubiertos los complots de los rebeldes con los doscientos gomeros desterrados en Canaria, el implacable general, de regreso al *Real de Las Palmas,* hizo ahorcar a casi todos los hombres en estado de llevar armas y vender las mujeres y los niños

(361). Quizás hubiera llevado más adelante su venganza si la corte no lo hubiese llamado a España para emplearlo contra los moros en el famoso sitio de Granada (362).

(1489)

Llegada a Canaria del obispo de la Cerda y del gobernador Maldonado. Esta época de los anales canarios se señaló por la llegada del obispo fray Miguel de la Cerda, promovido al obispado de Canaria después del fallecimiento de don Juan de Frías. Este nuevo prelado tuvo la gloria de volver la libertad a los infortunados gomeros deportados por Pedro de Vera. A fines de este mismo año, don Francisco Maldonado fue nombrado gobernador de la Gran Canaria en reemplazo del antiguo capitán general (*Noticias,* tomo 2.º, p. 136 y 140).

(1490)

Nueva expedición contra los guanches de Tenerife. Apenas en la Gran Canaria, siéntese deseoso Maldonado de señalarse a su vez en la guerra contra los indígenas.

Las islas de La Palma y de Tenerife quedaban aún por conquistar y contra esta última se dirige el gobernador con Fernández de Saavedra, que sale de Fuerteventura llevando algunas tropas a sus órdenes. Los dos aventureros logran reunir trescientos hombres, desembarcan en el puerto de Añaza (Tenerife) y se ponen inmediatamente en marcha para La Laguna. Maldonado se adelanta a su colega con la mitad de la tropa y no tarda en encontrarse con un cuerpo de mil quinientos guanches, conducidos por el mencey de Anaga. El imprudente gobernador, sin esperar la retaguardia, empieza un combate desigual; pero, cerca-

do al momento por todas partes, iba infaliblemente a sucumbir cuando acudió Saavedra a librarlo y proteger su retirada.

Esta temeraria expedición costó la vida a cien españoles. Los guanches, por su parte, perdieron trescientos hombres, pero sus enemigos se vieron obligados a embarcarse precipitadamente y a renunciar a una conquista que reclamaba otros medios de acción y, sobre todo, jefes más experimentados (*Noticias*, tomo 2.º, libro 8.º, cap. 10).

Conquista de La Palma y de Tenerife.

Esta empresa se hallaba reservada para don Alonso Fernández de Lugo, que había hecho sus pruebas en la guerra de Granada y cuyos talentos militares se habían aumentado con la experiencia en la conquista de la Gran Canaria. Desde la pacificación de la isla, este oficial conservaba el mando del fuerte del Agaete, ocupándose en la explotación de las tierras que le habían sido cedidas en la época de las reparticiones. Pero esta vida tranquila no podía convenir por mucho tiempo a un hombre acostumbrado desde su juventud al ejercicio de las armas y que desde el castillo donde se hallaba confinado veía la isla de Tenerife aún independiente y de la cual no se hallaba separado sino por un brazo de mar de algunas leguas. Así, pues, Alonso de Lugo, aburrido de su inacción, abandonó bien pronto su fortaleza para ir a solicitar de los Reyes Católicos el honor de dirigir la empresa que meditaba.

En el campo de Santa Fe le concedió la reina Isabel su autorización para conquistar las islas de La Palma y de Tenerife. Luego recibió además con los socorros de dinero la orden de equipar en Cádiz los buques necesarios y reunir todo el material de la expedición. Las tropas, cuyo mando tomó, se componían de novecientos hombres entre españoles y canarios convertidos (363). Un gran número de gentilhombres (364) se asociaron a esta empresa que fue dirigida primeramente contra la isla de La Palma (Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 13. Padre Espinosa, libro 3.º, cap. 4. Viera, tomo 2.º, libro 8.º, cap. 11).

(1491)

Desembarco en la isla de La Palma y principio de

las operaciones. Verificóse el desembarco el 29 de septiembre en la costa de Tazacorte, donde Alonso de Lugo estableció su campamento. Las poblaciones de esta parte occidental de La Palma estaban hacía mucho tiempo en relación con los habitantes de la isla del Hierro, que venían frecuentemente a visitarlas para traficar con ellas. Así, pues, el ejército conquistador, a su entrada en este territorio, no experimentó obstáculo alguno en sus operaciones y las primeras proposiciones del general al príncipe Mayantigo, que vino a parlamentar, fueron aceptadas casi al momento. Este jefe de la tribu de Arydana, una de las considerables de la isla, se comprometió por un tratado de paz y de alianza con los españoles a reconocer la autoridad soberana de los Reyes Católicos y a adoptar tanto él como los suyos la religión cristiana. Mediante estas condiciones se le aseguraba el gobierno de su principado con las prerrogativas anexas a su rango. Las formas caballerescas y la cortesanía que Alonso de Lugo supo emplear en esta negociación atrajeron la mayor parte de las tribus Haouarythas, cuyos jefes se apresuraron a aceptar las mismas condiciones que Mayantigo. "Estos jefes fueron Echedey, Tamanca, Echentive y Azuquahe, que gobernaban las tribus o principados de Tihuya, de Guecheves y de Abenguareme". (Véase Viera, *Noticias,* tomo 2.°, p. 152).

Pero el general español no encontró la misma acogida a medida que se adelantaba en el país de Tijalate, sometido a los príncipes Jariguo y Garehagua. La población de este distrito montañoso corrió a las armas y fue preciso desalojarla de las alturas que acababa de ocupar. Lugo dio inmediatamente orden de atacar y el enemigo se retiró con pérdida para ir a tomar posición en Tinibúcar, montaña escarpada, situada al N.E. de la isla. No obstante, la habilididad con que Alonso de Lugo condujo las operaciones de esta

campaña le valió felices resultados y, antes de retirarse a sus cuarteles de invierno en su campamento de Tazacorte, todos los jefes de la isla (365), a excepción del valiente Tanausú, se habían sometido (Gal. *mans.*, libro 3.°, cap. 7. Viera, tomo 2.°, p. 151-153).

(1492)

Ataque de la Caldera y rendición de la isla. Al empezar la primavera, el ejército conquistador se dispuso a atacar a Tanausú. Este príncipe se había atrincherado con sus tropas en Ecero, valle volcánico que los españoles llamaron la *Caldera* y que ofrece en sus profundas fragosidades un terreno trastornado por las erupciones y de un acceso dificilísimo. Los dos únicos pasajes que a ella conducen son el barranco de las Angustias, por donde corre el torrente de Ajerjo, y el desfiladero de Adamacansis. Lugo encontró los límites de este sitio salvaje defendidos por guerreros intrépidos y decididos a disputarle vigorosamente el terreno. Su primer ataque fue desgraciado y se apresuró a abandonar el campo de batalla, temiendo experimentar una completa derrota. Pero al día siguiente volvió a la carga y, aprovechándose de los socorros que le ofrecieron las tribus sometidas, trató de penetrar por el gran barranco, que le pareció menos defendido. Guiado por sus auxiliares, se adelantó hasta el sitio más estrecho, que recibió el nombre de *Paso del Capitán,* y lo atravesó con sus oficiales, llevado en hombros de los indígenas que le acompañaban. Tanausú, instruido de la aproximación del enemigo, tomó al momento posición en uno de los bordes elevados del torrente y lo detuvo en su marcha. Este valeroso jefe había jurado combatir hasta el último extremo y, para que nada contrariase su valerosa resolución, se había desembarazado

de los ancianos, de las mujeres y de los niños, ocultándolos en cuevas inaccesibles a los españoles. Lugo, que reconoció la imposibilidad de penetrar más adelante, se decidió a tratar con Tanausú, valiéndose para esta negociación de uno de los parientes del príncipe que hacía seis meses era su intérprete y que le había dado pruebas de su fidelidad. Pero Tanausú no quiso entrar en arreglo, sino que el general español se retirase con sus tropas al territorio de Arydana donde proponía ir a tratar con él. Lugo mostró aceptar estas condiciones y empezó a retirarse, dejando, no obstante, para en caso de sorpresa un grueso destacamento en el desfiladero de Adamacansis; pero esta maniobra ocultaba un lazo. En la madrugada del 3 de mayo, viendo Alonso de Lugo que Tanausú tardaba en presentarse, contramarcha para ir a su encuentro y lo alcanza en un sitio del barranco a propósito para el combate. El príncipe se adelantaba sin desconfianza, creyendo que la intención del general español era entrar en comunicación con él; pero Lugo da al momento la señal de ataque, hace cercar al enemigo y la batalla se traba por ambas partes con el mayor encarnizamiento. En el mismo instante, los españoles emboscados en el desfiladero de Adamacansis se presentan y deciden la victoria. Los desgraciados indígenas, anonadados con este refuerzo, reducen su defensa a la salvación de su príncipe. Tanausú ve caer a sus alrededores sus más valientes guerreros y, extenuado y pronto a sucumbir bajo el número, cae prisionero.

Alonso de Lugo, formado en la escuela de Pedro de Vera, no obró entonces con la lealtad de un castellano. Atacó a Tanausú en el momento de una suspensión de armas, mientras este príncipe se adelantaba para tratar con él. Después de su victoria se manifestó poco magnánimo con su enemigo vencido.

Tanausú fue enviado a España con un gran número de cautivos; el desgraciado príncipe no quiso sobrevivir a la esclavitud de su patria y se dejó morir de hambre.

Los Reyes Católicos recibieron con alegría la noticia de los sucesos de Alonso de Lugo, que fue nombrado gobernador de La Palma; pero éste, sin detenerse por más tiempo en esta isla, se embarcó para la Gran Canaria a fin de disponerlo todo para la conquista de Tenerife, blanco principal de su ambición. Su sobrino Juan Fernández de Lugo Señorino recibió orden de permanecer en La Palma en calidad de teniente gobernador para terminar la pacificación del país, proceder a la creación de un ayuntamiento y presidir la distribución de las tierras (Gal. *mans.*, libro 3.º, cap. 7 y 8. Viera, tomo 2.º, p. 153 y 166).

(1493)

Desembarco en Tenerife. Primer encuentro con los guanches. El 30 de abril de este año, habiendo Alonso de Lugo concluido sus preparativos, sale de la Gran Canaria con quince bergantines, más de mil hombres de guerra y ciento veinte caballos. En la madrugada del día siguiente, el desembarco se verifica en el puerto de Añaza, en donde, después de la ceremonia de la inauguración de la Cruz, las tropas se establecen en el campamento que el general forma en la playa.

El 4 de mayo el ejército abandona sus acantonamientos y se adelanta hacia el valle de La Laguna, pero después de una hora de marcha se ve obligado a hacer alto en presencia de los guanches. Quebehí Bencomo, Mencey de Taoro, avisado de la llegada de los españoles, se había apostado en las alturas que dominan el camino a fin de observar al enemigo. Ape-

nas reconoce el ejército conquistador cuando, dirigiéndose a sus guerreros, les dice con un tono de arrogancia señalando a los españoles: "Mirad esa gente pusilánime; se detiene a nuestro sólo aspecto. Por el Echedey (366) y por los huesos de mi abuelo, juro que se acordarán de mí" (367). Lugo se apresura a enviar un parlamentario al viejo mencey y le propone el tratado de alianza con las condiciones aceptadas por los príncipes de La Palma; pero Bencomo rehusa con fiereza (368) y se retira a su estado de Taoro para deliberar con los demás jefes de la isla reunidos en Arautápala sobre los medios de defensa contra el enemigo común. El general español por su parte, viendo las disposiciones guerreras de los guanches y temiendo aventurarse más en el país, regresa al campamento de Añaza y lo fortifica (*Noticias,* tomo 2.º, libro 9.º, caps. 2 y 3).

Confederación de los príncipes guanches y alianza del mencey de Güímar con los españoles. Al llegar Bencomo a Arautápala entra en deliberación con los menceyes de las islas y pide ser reconocido jefe de la liga contra los españoles; pero la mayor parte de estos príncipes, temiendo su ambición, declaran que cada uno velará por la defensa de su territorio (369). Otros, al contrario, como los menceyes de Tacoronte, de Tegueste y de Anaga, e igualmente el archimencey Zebensui, consienten en la confederación y se adhieren a las proposiciones de Bencomo, que ofrece suministrar por su parte más de cuatro mil guerreros.

Mientras que se toman estas medidas en la parte occidental de Tenerife, Añaterve, mencey de Güímar, cediendo a los consejos del ermitaño Antón, se pone en marcha a la cabeza de seiscientos guanches para ofrecer sus servicios a Alonso de Lugo. El general español los recibe con grandes muestras de

alegría y celebra su alianza al son de trompetas y al estruendo de toda la artillería del campamento. Añaterve declara que quiere prestar obediencia a los Reyes Católicos; pide el bautismo, se obliga a auxiliar a los españoles con hombres y víveres y desaprueba abiertamente la liga de Arautápala. Pocos días después provée al campamento con quinientas cabras y una gran cantidad de cebada, gofio, quesos y odres de leche.

Sin embargo, a pesar de estos socorros, Lugo no se atreve a aventurar un combate con los príncipes confederados, que, por su parte, se mantienen sobre la defensiva y durante muchos meses las operaciones se limitan a reconocimientos en los valles de Teguesté y Anaga y a la captura de algunos centenares de cabezas de ganado. (Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 14. Viana, canto 6.º. Viera, tomo 2.º, libro 9.º, caps. 4 y 5.)

(1494)

Batalla de Acentejo y derrota de los españoles. Al principio de la primavera el ejército español entra en campaña y se dirige por el valle de La Laguna hacia la parte occidental de Tenerife con la intención de penetrar hasta el distrito de Taoro, a fin de atacar al mencey Bencomo que había reconcentrado sus fuerzas en aquel lado de la isla. Pero éste, conociendo los proyectos de Alonso de Lugo, hace emboscar a su hermano Tinguaro con trescientos guanches escogidos en el gran barranco de Acentejo y se prepara a marchar contra el enemigo con un cuerpo de tres mil hombres. El príncipe toma las más acertadas disposiciones, nada olvida y hace acampar sus tropas en la espesura de los montes cercanos.

Los españoles, después de haber atravesado el

llano de Los Rodeos, llegan a las orillas del barranco: reina en él la mayor tranquilidad; ningún indicio de sorpresa... Los guanches emboscados aguardan a sus enemigos a la vuelta; Lugo atraviesa el peligroso sitio y llega hasta la vista del hermoso valle de Arautápala. No obstante, la soledad que reina en las cercanías lo alarma; teme alguna emboscada y retrocede, trayendo numerosos ganados abandonados de intento para estorbar su marcha. Apenas los españoles volvieron a entrar en el barranco cuando agudos silbidos resuenan por todas partes. Mil gritos salvajes responden a este llamamiento y, de repente, Tinguaro y sus guerreros salen de los riscos y matorrales donde se hallaban ocultos. El ejército, sin esperanza de retirada, embarazado con el ganado que conduce y comprometido en un espacio estrecho sobre un terreno escabroso, no puede desplegarse. Los caballos, espantados por el tumulto general, se encabritan, derriban a sus jinetes y aumentan el desorden. Los guanches, aprovechándose de la ventaja del sitio y del terror que inspiran, se precipitan sobre sus enemigos y hacen rodar sobre ellos una lluvia de piedras que los aplastan. Los soldados de Lugo ya no combaten sino para defender su vida y en vano imploran el auxilio de Santiago. El capitán Diego Núñez, a las manos un instante con el príncipe Tinguaro, es precipitado de su caballo y muere con la cabeza hecha pedazos de un golpe de maza. El general español trata de reanimar a los suyos: "Amigos —les dice— hoy es el día en que debe manifestarse el valor castellano; ánimo y Dios nos asistirá". Pero sus exhortaciones nada pueden contra el furor de los enemigos. Enormes riscos y troncos de árboles, desprendidos de los andenes del barranco, arrasan todo lo que encuentran y destruyen filas enteras. Algunos ballesteros logran apoderarse de una eminencia y

combaten unos instantes con éxito; pero los guanches reunidos socaban la base del risco que se hunde en el abismo con los desgraciados a quienes servía de refugio.

Este horroroso conflicto duraba hacía más de dos horas cuando Bencomo llega con su cuerpo de ejército. Al penetrar en el campo de batalla encuentra a su hermano herido de un lanzazo y sentado a la orilla del barranco. "¡Y qué! —le dice el mencey— ¡Tú descansas, mientras tus soldados combaten!" "Yo he vencido —respondió tranquilamente el guerrero—; como capitán he cumplido con mi deber; ahora mis soldados hacen el suyo... matan".

Entretanto, hallábase Alonso de Lugo a punto de sucumbir; los guanches victoriosos lo estrechan por todas partes. Pedro Mayor, advirtiendo que el manto rojo con que el general se halla cubierto lo expone a todos los golpes, aprovecha en medio de la refriega un instante favorable para quitárselo sin ser visto de los enemigos y se cubre con él. Este acto de desprendimiento sublime cuesta la vida al valiente soldado, que cae después de haber herido mortalmente a cuatro de sus agresores. Alonso de Lugo se precipita furioso sobre Bencomo a quien hiere con su espada, pero uno de los jefes de la guardia del mencey derriba al general de una pedrada y don Alonso, casi a punto de caer prisionero, es felizmente socorrido por treinta guimareros que lo montan a caballo y lo separan del campo de batalla (370). Estos valientes auxiliares le sirven de escolta y efectúan su retirada. Evitan el llano de Los Rodeos donde se hallaban reunidas las tropas del mencey de Tacoronte y de Tegueste, ganan las montañas de la Esperanza y llegan al campamento de Añaza con varios oficiales salvados de la matanza (371). Tal fue el triste resultado de esta batalla sangrienta en la que Alonso de

Lugo perdió seiscientos españoles y trescientos canarios. La acción había durado más de tres horas y de los doscientos hombres que entraron en el campamento no se encontró uno sólo que no estuviese herido. Un destacamento de treinta soldados, perseguidos por quinientos guanches, se refugió en una cueva escarpada y se defendió hasta el día siguiente con el valor de la desesperación. Bencomo, no menos generoso después de la victoria que terrible durante el combate, se apiadó de estos desgraciados, aceptó su capitulación y los envió a su general. El capitán Juan Benítez, sacado de entre los muertos, obtuvo el mismo favor. En fin, noventa canarios auxiliares llegaron huyendo hasta la playa de Tacoronte y alcanzaron a nado un risco aislado que les sirvió de refugio hasta que Alonso de Lugo, instruido de su suerte, los envió a buscar con una de sus carabelas (Espinosa, libro 3.º, caps. 5 y 6. Viana, canto 8.º. Núñez de la Peña, libro 3.º, cap. 14. Viera, tomo 2.º, libro 9.º, cap. 6).

El mencey de Güímar envía socorros al campamento español. Noticioso Añaterve de la triste situación de los aliados, acude con trescientos de los suyos y viene a ofrecer al general español abundantes provisiones de víveres frescos y yerbas medicinales para curar sus heridas y las de sus soldados.

Los historiadores de la conquista cuentan esta segunda visita de los güimareros auxiliares con circunstancias muy diferentes. El Padre Espinosa pretende que Alonso de Lugo, violando el tratado de alianza pactado con Añaterve, retuvo en su campo parte de los guanches de Güímar a quienes embarcó después para España, donde los vendió con objeto de subvenir a los gastos de una nueva empresa. El autor de las *Noticias,* justamente irritado con semejante felonía después de los servicios prestados a los españo-

les en una circunstancia tan crítica, no quiere creer la aserción del Padre Espinosa y se apoya en el silencio guardado por Viana sobre un hecho tan grave. En efecto, el poeta canario nada dice; enumera solamente las diversas especies de provisiones que el mencey hizo llevar al campamento de Añaza; alaba el agradecimiento de Alonso de Lugo para con su aliado y da a conocer los regalos que este general envía a Añaterve y a los jefes güimareros (372).

Ataque de la torre del campamento. Reembarque de los españoles. Apenas Alonso de Lugo se había repuesto de la derrota de Acentejo, cuando el 1.º de junio cuatrocientos guanches de Anaga vienen a atacarlo en la torre, en donde se hallaba encerrado. El valiente Tayneto, que los manda, hace cercar la fortaleza y da la señal del asalto. Pero este príncipe muere al empezar la acción y las tropas españolas, después de una valerosa defensa, ponen a ciento sesenta de los sitiadores fuera de combate y obligan a los demás a retirarse.

Sin embargo, el general, reconociendo la escasez de sus recursos y temiendo no poder resistir a nuevos ataques, reúne a sus oficiales en consejo y les hace entrever la necesidad de regresar a la Gran Canaria para organizar una nueva expedición y empezar más adelante la conquista. Habiendo prevalecido este dictamen, el embarco se verificó el 8 de junio y los restos del ejército español no tardaron en llegar al Puerto de La Luz (Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 14. Viera, tomo 2.º, libro 9.º, caps. 8 y 9).

Nueva expedición contra los guanches. Batalla de La Laguna. Triunfo de Lugo. Al llegar a la Gran Canaria, Alonso de Lugo celebra un contrato con dos armadores genoveses recientemente establecidos en esta isla (373) y obtiene de ellos los adelantos necesarios para el equipo de los navíos que deben compo-

ner la nueva expedición. Don Juan de Guzmán, duque de Medina Sidonia, a quien el general ocurre en España, se interesa en la empresa y hace reclutar en sus estados seiscientos cincuenta hombres de guerra y cuarenta y cinco caballos. Esta tropa, conducida por el coronel Bartolomé Estupiñán, gentilhombre de una de las primeras familias de Jerez, y el capitán Diego de Mesa, hijo del alcalde de Jimena, llega a la Gran Canaria hacia fines de octubre. Alonso de Lugo, por su parte, había organizado un cuerpo de canarios y de otros isleños de las islas conquistadas, de modo que las fuerzas expedicionarias reunidas formaban un contingente de mil cien infantes y setenta caballos.

El 2 de noviembre, la expedición se dirige a Tenerife y salta en tierra en la bahía de Añaza. La torre, demolida en parte por los guanches, se halla bien pronto en estado de defensa y vuelven a levantar el circuito del antiguo campamento.

Nada había cambiado el estado político del país desde la salida de los españoles. Bencomo, orgulloso aún de su victoria, conservaba la supremacía sobre los demás príncipes de la isla y su soberbia indisponía aún más a los que habían rehusado entrar en la liga contra el enemigo común. El mencey de Taoro, al saber el desembarco de las tropas de don Alonso, corre a las armas y se establece en la laguna de Aguere con cinco mil guanches para observar mejor los movimientos de los españoles. Pronto el mencey Acaymo acude de Tacoronte con sus guerreros; Tegueste trae a los suyos; Tinguaro, que entonces gobernaba el principado de Anaga, y el archimencey Zebensuí vienen igualmente a presentar sus contingentes (374).

El 13 de noviembre, Alonso de Lugo, habiendo recibido aviso de las disposiciones de los guanches y

queriendo prevenir su ataque, abandona su campamento en medio de la noche, no dejando en él más que la guardia necesaria bajo las órdenes de don Fernando Guanarteme. El ejército se pone en marcha con el más profundo silencio y llega antes del día a lo alto de la montaña que domina la bahía de Santa Cruz. Pero Bencomo, siempre dispuesto a la pelea, reconoce que el enemigo se acerca y pronto los dos ejércitos se encuentran. Entonces, Alonso de Lugo da la señal de combate al grito de *¡Santiago y San Miguel!* La primera descarga de los mosqueteros y de las ballestas hace un terrible estrago en la vanguardia de los guanches; pero los bárbaros, recobrando valor, se entusiasman de nuevo exhalando sus clamores y silbidos acostumbrados. Arrójanse sobre los españoles y a esta primera gritería sucede una horrible refriega. La victoria permanece indecisa durante dos horas y los guanches conservan esperanza del triunfo; pero un refuerzo que llega en el momento más oportuno viene a favorecer a los españoles y a cambiar la suerte. Don Fernando Guanarteme, a quien Lugo había dejado en Añaza, quiso tomar parte en la acción y, abandonando la guardia del campamento, se presentó en el campo de batalla con las tropas de Canaria. Al primer choque de estos auxiliares, los guanches empiezan a ceder y se retiran en desorden hacia los bosques que coronan los ribazos. Los españoles y los canarios reunidos los persiguen sin descanso, hacen una horrible matanza y un *sálvese quien pueda* general pone fin al combate.

Los historiadores han exagerado, sin duda, los resultados de esta victoria. Según ellos, los españoles no perdieron más que cuarenta y cinco hombres, mientras que hacen subir el número de muertos por lo que respecta a los guanches a más de mil setecientos. Uno de los autores dice que el número de los es-

pañoles heridos en esta batalla fue también muy considerable. Los guanches, creyendo que las heridas producidas por los dardos y los bodoques de las ballestas eran tanto más crueles cuanto que el ruido de la descarga retumbaba más fuerte, los volvían a enviar a sus enemigos imitando con la boca el estruendo de estas armas de guerra (Padre Espinosa, libro 3.º, cap. 8).

Bencomo y el mencey de Tacoronte se retiraron gravemente heridos. El famoso Tinguaro fue muerto por un soldado de caballería; herido ya al principio de la acción, este príncipe se defendió contra siete soldados de caballería españoles con una alabarda que había ganado en Acentejo; pero herido de nuevo y puesto fuera de combate imploró vanamente la piedad de su vencedor. Pedro Martín Buen-Día fue quien hirió de muerte a Tinguaro de un lanzazo, mientras que el vencido le decía: "¡No mates al noble hermano del rey Bencomo que se entrega prisionero!" (Véase anteriormente esta frase en lengua guanche). Pero el soldado español, sin piedad hacia el valiente guerrero, le atravesó el pecho de un segundo golpe (*Noticias,* tomo 2.º).

Sus compañeros insultaron el cadáver del príncipe y Lugo tuvo la barbarie de hacerle cortar la cabeza, que mandó colocar en la punta de una pica y pasearla en el campo como un trofeo de su victoria. Fernando de Trujillo arrancó glorioso al guanche Tygayga la bandera española que se había perdido en la derrota de Acentejo. El canónigo Samarinas y los frailes que acompañaban al general dieron gracias por la sangre derramada y entonaron el *Te Deum* sobre el campo de batalla, donde Alonso de Lugo hizo voto de levantar una capilla a la virgen para perpetuar el recuerdo de esta jornada (375).

(1495)

Continuación de las operaciones del ejército conquistador. Epidemia de los guanches. Después de la batalla de La Laguna, los dos ejércitos se retiraron cada uno a sus acantonamientos. Lugo vino a ocupar nuevamente su campamento de Añaza y Bencomo regresó al valle de Arautápala, donde se hicieron con gran pompa las exequias de la cabeza de Tinguaro, que el general español había enviado al anciano mencey con la esperanza de atraerlo a la sumisión.

Sin embargo, el destino cruel parecía pesar cada vez más sobre el pueblo guanche. Una epidemia pestilencial, que los autores españoles han llamado modorra (*Noticias,* tomo 2.º, libro 9.º, cap. 12), producida por la corrupción del gran número de cadáveres que habían quedado insepultos, atacó a estos desgraciados isleños hacia fines de 1494. Poblaciones enteras sucumbieron a esta cruel enfermedad, que según la relación de los historiadores arrebataba más de cien personas por día. El 31 de enero de 1495, un cuerpo de quinientos españoles, en un reconocimiento que hizo en La Laguna, no encontró sino cadáveres por todas las cercanías. El silencio de la muerte reinaba en los valles de Tejina y de Tegueste, un tiempo tan poblado y, sin embargo, a pesar de esta calamidad, el horror que los guanches tenían a la esclavitud era tan grande que un anciano moribundo, sorprendido por los españoles en una cueva con sus tres hijos, prefirió atravesarse el corazón con su venablo antes que caer entre sus manos (Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 15, p. 154).

Los quinientos hombres mandados por los capitanes Trujillo y Castillo, habiéndose apoderado de un rebaño considerable de cabras, se disponían a regresar al campamento cuando fueron atacados en el des-

filadero de Las Peñuelas por Zebensuí y el mencey de Tegueste a la cabeza de mil doscientos guerreros. No obstante, los españoles, después de haber perdido doce hombres, quedaron dueños del pasaje y los guanches se retiraron dejando noventa de los suyos en el campo de batalla. Pero el capitán Castillo, yendo en persecución de Zebensuí, cayó, después de muerto su caballo, entre las manos de sus enemigos y fue enviado prisionero a Arautápala. Aquí fue donde se enamoró de los encantos de la bella Dácila, hija de Bencomo; y ésta imploró en su favor la generosidad del mencey, quien lo devolvió sin rescate (Viana, canto 14).

Aventura de los doce valientes. Alonso de Lugo, temiendo, sin duda, que su ejército fuese atacado de la epidemia reinante si se avanzaban en la parte de la isla donde la modorra estaba haciendo estragos, permanecía en Añaza en sus posiciones; pero doce de sus oficiales (376), dotados de un valor digno de los tiempos caballerescos, formaron una asociación para empresas aventuradas. Estos valientes, después de haber prometido socorrerse mutuamente, salieron del campamento, llegaron al valle de Igueste, penetraron hasta Taganana, en donde se apoderaron de seis pastores, e hicieron un botín considerable de ganado. La partida regresaba ya a Añaza cuando al atravesar el valle de San Andrés fue repentinamente cercada por doscientos isleños, bajo las órdenes del mencey Beneharo. Los doce valientes, lejos de intimidarse al aspecto de los enemigos, se colocan en batalla y Rodrigo de Barrios, dirigiéndose a los guanches reunidos, les grita con un tono imperioso: "¡Bárbaros, rendíos, pues ya hemos hecho nuestra cuenta y sabemos cuántas cabezas deben caer bajo cada una de nuestras espadas!". Beneharo, no pudiendo a su pesar dejar de admirarse de este exceso de audacia,

contuvo su tropa induciendo a los suyos a dejar el campo libre a este puñado de guerreros. Pero Juan de Harena, excitando al combate a sus compañeros, les hace entrever la vergüenza de regresar al campamento sin el botín y algunos prisioneros más. Los intrépidos campeones responden a sus exhortaciones con el grito de *¡Santiago!* y una descarga de mosquetería y de ballestas es la señal del ataque. Varios guanches caen acribillados. Los españoles se abalanzan con espada en mano; su furor guerrero esparce el espanto entre los bárbaros, que huyen hacia las montañas, dejando a Beneharo comprometido en medio de los agresores. Este príncipe magnánimo, tan digno de ser perdonado, se defiendo algunos instantes con el mayor valor; pero bien pronto, sintiéndose gravemente heridos, corre a la orilla de una fuga y se precipita en el barranco.

Esta aventura de los doce valientes ha sido celebrada en los romances de aquellos tiempos. La crónica cuenta que uno de estos terribles campeones, habiendo tenido la mano mutilada durante el combate y no queriendo permitir que uno de sus hermanos le aplicase una venda: "Amigo —le dijo, señalándole el ganado apresado— deja correr la sangre; bastante carne tenemos para volver a hacer otra" (Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 15, p. 156).

Escasez en el campamento español. Segunda batalla de Acentejo. Sin embargo, del botín que trajeron los bandos destacados del ejército español en sus diferentes excursiones, no había bastante para proveer al campamento. Dos mil aventureros, reclutados en las islas de Lanzarote y Fuerteventura, llegaron a Tenerife conducidos por don Diego de Cabrera y aumentaron la penuria de los víveres. El fiel Añaterve se apresuró a enviar a sus aliados socorros de ganado, que luego fueron consumidos. El hambre

hacía desertar un gran número de soldados, que regresaron a la Gran Canaria y los armadores de esta isla, viendo que las operaciones de la conquista se retardaban mucho, no querían suministrar nada. Entonces, el descontento, las quejas y la indisciplina empezaron a manifestarse y Alonso de Lugo se vio obligado a reunir a sus oficiales para tomar las más eficaces medidas en circunstancias tan graves. Lope Hernández de la Guerra ofreció generosamente vender sus tierras, sus esclavos y los dos molinos de azúcar que poseía en Canaria (377). Este generoso capitán partió en efecto para cumplir su promesa y regresó con un buque cargado de abundantes provisiones en el momento en que los soldados del ejército conquistador se hallaban reducidos a la ración de un puñado de harina y de algunos higos secos. Este socorro que se aguardaba con impaciencia reanimó todos los corazones y Alonso de Lugo, queriendo aprovechar las buenas disposiciones de la tropa, se decidió al punto a entrar en campaña (*Noticias*, tomo 2.º, libro 9.º, caps. 25 y 26).

El 24 de diciembre el ejército se puso en marcha y avanzó hasta el famoso barranco de Acentejo, que atravesó sin obstáculo, para tomar posición sobre las colinas vecinas. Habiéndose adelantado Lope Hernández de la Vega para reconocer el terreno hasta la vista de Arautápala, se supo, por un prisionero que condujo al campamento, que Bencomo se disponía a atacar a los españoles a la cabeza de tres mil hombres. En efecto, este príncipe no tardó en presentarse: los guanches estaban divididos en dos cuerpos, mandado el uno por el mencey de Taoro y el otro por Acaimo, mencey de Tacoronte. Los dos ejércitos vivaquearon toda la noche y los españoles, para prepararse religiosamente a la batalla del día siguiente, festejaron el aniversario del nacimiento de Cristo,

oyendo las tres misas de costumbre, que fueron celebradas en esta ocasión. Todos, oficiales y soldados, se confesaron y comulgaron, dice la relación. El fraile que celebró las tres misas exhortó al ejército a cumplir con su deber contra los infieles, mientras que los guanches se preparaban por su parte a combatir a sus opresores (Viera, *Noticias,* tomo 2.º).

Al rayar el día, Alonso de Lugo tomó el mando de la derecha y confió la izquierda a Lope de la Vega. Los españoles tenían que vengar su primer derrota sobre este mismo terreno; los guanches combatían por su libertad ya comprometida y cuya pérdida era inevitable, si sus enemigos penetraban en el país. Después de cinco horas de una acción sangrienta, en la que los isleños habían perdido mucha gente, Bencomo y Acaimo recibieron dos grandes heridas y sus tropas, privadas de jefes, empezaron a desmandarse. El anciano mencey de Taoro, queriendo evitar una derrota, mandó la retirada y se replegó detrás del *Barranco Hondo* para volver a tomar el camino de Arautápala. Entonces, los gritos de *¡Victoria!* resonaron por todas partes en el ejército español y este nombre, repetido mil veces, llegó a ser el del pueblo que se fabricó después sobre el sitio de la acción (378).

La batalla de la victoria costó a los españoles sólo sesenta y cuatro hombres. Los guanches dejaron más de dos mil sobre el campo de batalla y, entre ellos, el príncipe Badenol, hermano del mencey de Tacoronte, que fue muerto por Pedro Benítez de Lugo (Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 16, p. 160. Viana, canto 14. Viera, tomo 2.º, libro 9.º, cap. 17).

(1496)

Entrada de los españoles en el valle de Arautápala y capitulación de Bencomo. No obstante, a pe-

sar del éxito que acaba de obtener, Lugo no se aprovechó de las consecuencias de su victoria. La estación de las lluvias y el temor de que los víveres le faltasen fueron un obstáculo para sus operaciones y juzgó conveniente regresar al campamento de Añaza para procurarse vituallas. Fue necesario recurrir al duque de Medina Sidonia, quien envió de España un navío cargado de provisiones (379). En fin, el 1.º de julio, el ejército salió nuevamente de sus acantonamientos y esta vez penetró hasta el valle de Arautápala. Bencomo, curado de sus heridas, se había atrincherado en las alturas de Tigayga con Zebensuí y los menceyes de Anaga, de Tegueste y de Tacoronte. Alonso de Lugo estableció su campamento al pie de las montañas en la parte superior del valle, y el 24 de julio Bencomo abandonó sus posiciones y vino a ocupar la parte inferior del barranco que lo separaba del enemigo (380); pero al día siguiente, el viejo mencey, reflexionando sobre su triste situación y temiendo los resultados de una última batalla con tropas aguerridas y ya victoriosas, reunió a los príncipes, sus colegas, y los indujo, no sin derramar lágrimas, a someterse (381). Esta resolución extrema, que aconsejaba la imperiosa necesidad, recibió la aprobación unánime y Bencomo envió al momento parlamentarios a Alonso de Lugo para tratar de la capitulación. El general, transportado de alegría, se apresuró a suscribir todas las condiciones y Bencomo, acompañado de todos los demás menceyes y seguido de los principales jefes de su partido, no tardó en presentarse en el campo español.

Lugo lo esperaba delante de su tienda, rodeado de todos sus oficiales. El mencey de Taoro se adelantó a pasos lentos: "En este instante solemne —dice la narración— su figura indicaba todos los tormentos de su alma y el temblor de sus miembros manifes-

taba la violencia de su desesperación". Se acercó al general, puso sus manos entre las suyas y le dirigió este discurso, que un intérprete tradujo al punto: "Hombre valeroso, sentimos haberte hecho una guerra tan cruel a pesar de que te mirábamos como nuestro más cruel enemigo. En la actualidad deseamos suscribir a las condiciones que nos propusiste varias veces. Nos sometemos los Reyes Católicos, a quienes rendimos obediencia y homenaje y le entregamos con esta isla la herencia del gran Tinerfe, nuestro abuelo; queremos ser cristianos, pero juramos por todo lo que conozcas de más sagrado, que nuestros hijos y aún nosotros jamás seremos esclavos y que conservaremos esa libertad tan querida que tanta sangre nos ha costado ya". Alonso de Lugo, al escuchar estas palabras, se sintió enternecido y, quizás a vista de tanta resignación y heroísmo, su boca en aquel momento fue intérprete de su corazón. Hizo traer un misal a sus capellanes y, colocando una rodilla en tierra, juró guardar inviolablemente todos los artículos del convenio (Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 16. Viana, canto 15. Galindo, *mans.*, libro 3.º, cap. 19. Viera, tomo 2.º, libro 9.º, caps. 19 y 20).

Completa reducción de Tenerife. A la noticia de estos acontecimientos, Añaterve, mencey de Güímar, acudió con un numeroso séquito a tomar parte en la alegría de sus aliados. Pero los guanches de Anaga y de Tegueste, retirados a sus montañas, rehusaron suscribir a la capitulación y fue necesaria la intervención de sus jefes para concluir de reducirlos. Los servicios que los españoles recibieron de sus auxiliares aceleraron la sumisión de los menceyes de Icod, Daute, Adeje y Abona. Estos príncipes, reunidos en su *Tagóror*, se decidieron a rendir las armas y, bien pronto, no quedaron sino algunos guerreros indomables, que prefirieron morir en su independencia antes

que entregarse a los vencedores.

El 29 de septiembre, hallándose toda la isla pacificada, Alonso de Lugo hizo celebrar una misa solemne y cantar un *Te-Deum* en seguida; tomando en sus manos el estandarte de Castilla como lo había visto hacer en la toma de la Gran Canaria, proclamó la soberanía de España sobre la isla conquistada, repitiendo tres veces la frase de costumbre: "¡Tenerife por los católicos reyes de Castilla y de León!" (Viana, canto 15. Galindo, libro 3.º, cap. 19. Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 16. Viera, tomo 2.º, caps. 21-22).

Así concluyó la conquista de las islas Canarias. Costó noventa y dos años de combates y los valerosos insulares salieron victoriosos en más de veinte encuentros. Su patriotismo y amor a la independencia se vieron sometidos a duras pruebas durante casi un siglo de continuas alarmas. La guerra que se les declaró fue un combate a muerte que aceptaron con un sublime arrojo. Pero el vigor de sus brazos, la maña, las estratagemas y su maravillosa agilidad nada pudieron contra el hierro de los conquistadores: el más heroico valor, la más tenaz resistencia tuvieron que sucumbir en tan desigual lucha.

La conquista de las islas Canarias abrió el camino de la América de los aventureros y acontecimientos análogos a los que acabamos de contar se pasaron en el Nuevo Mundo, sin presentar, sin embargo, circunstancias tan dramáticas. El gran Colón fue cargado de cadenas; Cortés enviado a España, como lo había sido Juan Rejón; la cabeza de Almagro cayó bajo el hacha del verdugo, como la del desgraciado Algaba; pero los indios de Méjico y del Perú, vencidos antes de combatir, no opusieron a los invasores sino una débil resistencia. Esclavos de sus señores y de sus sacerdotes, su debilidad y su indolencia precipitaron la caída de dos imperios minados de antema-

no por la tiranía y la superstición. Los isleños de las Canarias eran hombres de otro temple: la sóla idea de esclavitud sublevaba esta raza orgullosa con sus derechos. Los españoles fueron unos dioses para los mejicanos; pero los guanches no vieron en ellos sino hombres, cuyas acciones excitaron frecuentemente su desprecio. Después de la capitulación de Tenerife, Alonso de Lugo violó sus juramentos a ejemplo de Pedro de Vera. Bencomo y la mayor parte de los príncipes guanches fueron deportados a España para ofrecerlos de espectáculo en la corte. El anciano mencey de Taoro, llevado de capital en capital, fue presentado al Papa, después al Dux de Venecia y de Génova como un salvaje, cuya fiereza habían domado los Reyes Católicos. Las islas Canarias, pasando al yugo español, perdieron hasta el hermoso nombre de *Afortunadas,* que las había hecho célebres. Algunos centenares de valientes, acosados en guaridas inaccesibles, murieron mártires de esa libertad que no habían podido salvar y el resto de la nación se amalgamó con los conquistadores para no formar más que un sólo pueblo.

NOTAS

(332) Véase Viera *Noticias,* tomo 4.º libro 3.º cap. 21 p. 268 y siguiente. Bory de Saint Vincent *Essais sur les iles Fortunees* cap. 3, p. 123 y siguientes. José Da Costa de Macedo, *Memorias par a historia das Navegazoes et descobrimientos dos portuguezes* (en las Memorias de la Academia Real de Ciencias de Lisboa, tomo 6.º).

(333) Véase la bula de Clemente VI, *Reinald. Annals, ad ann.* 1344 n. 39.

(334) Véase J. Da Costa de Macedo, *ob. cit.* pars 1.

(335) *Historia del primer descubrimiento y conquista de las Canarias.* (Véase anteriormente la Introducción, estudios bibliográficos.)

Los autores se expresan en estos términos en su prefacio: "Y por esto se llama este libro Canario; y en él, si Dios es servido se hallarán escritas cosas que parecerán muy extrañas en el porvenir. Y nosotros Fr. Pedro Bontier, religioso del convento de S. Juan de Marnes, y Juan Le Verrier, presbítero, criados de dicho Bethencourt hemos emprendido escribir la más de las cosas que les sucedieron al principio, como también las de su gobierno, de las cuales podemos tener noticia desde que partió del reino de Francia, 1402".

Se expresan en estos términos al principio de su primer capítulo: "Acostumbrábase en otros tiempos escribir las historias de los buenos caballeros y las cosas extraordinarias, que los valerosos conquistadores hacían; y del mismo modo que se practicaba en las antiguas historias, queremos nosotros hacer la relación de la empresa que acometió el señor de Bethencourt, caballero y barón, nacido en Normandía en el reino de Francia".

"Salió el señor de Bethencourt de su castillo de Grainville, la Teinturiere en Cauls, etc.".

(336) *Ob. cit.,* p. 12.

(337) "Apurado cada momento por hambre y la sed —dicen los capellanes— sin más esperanza que la misericordia de Dios; por las noches tendía un lienzo para que se empapara del rocío y por la mañana lo torcía para apagar la sed..." (*Ob. cit.,* cap. 20, p. 18).

(338) Bethencourt ocupaba a Richeroque y Gadifer se había fortificado en Val-Tarahal. "Se escribían el uno al otro —dicen los capellanes— y había una carta en la que el Señor Gadifer escribía al Señor de Bethencourt en la cual le decía sólo estas palabras: *si llegáis aquí, si llegáis aquí, si llegáis aquí;* a cuya carta contestó con otra el Señor de Bethencourt diciendo: *si os encuentro ahí, si os encuentro ahí, si os encuentro ahí.* Así permanecieron algún tiempo dándose muestras de reconcentrado odio..." *Ob. cit.* cap. 62, p. 64.

(339) *Ob. cit.* cap. 73, p. 77-78 (véase anteriormente *Usos y costumbres*).

(340) *Ob. cit.* cap. 76.

(341) Cogieron más de tres mil camellos, mas, como no era posible embarcar tan gran número, mataron algunos y soltaron los otros, regresando a la Gran Canaria (*Ob. cit.* p. 97).

(342) Después de levantarse de la mesa, el Señor de Bethencourt se sentó en una silla alta a fin de ser mejor oído pues se hallaban presentes más de doscientas personas a quienes habló en éstos: "Amigos míos y mis hermanos cristianos: Dios nuestro criador ha extendido su santa gracia sobre nosotros y sobre este país... os he reunido, pues, para que oigáis de mi propia boca lo que mando y quiero que así sea ejecutado. Primeramente mando que Maciot de Bethencourt, mi pariente, sea mi lugarteniente y gobernador de todas las islas en todos los negocios que ocurran, sea en guerra, justicia, en edificios, reparaciones, nuevas ordenanzas, disponiendo en todo según vea que se puede y deba hacer y de cualquier manera que él quiera hacerlo o mandarlo hacer sin reserva alguna, guardando siempre primero el honor y luego mi provecho y el del país. Y a vosotros todos os ruego y encargo que le obedezcáis como mi propia persona y que no os envidiéis unos a otros. Tengo mandado que el quinto me pertenezca y sea en mi provecho, es decir, la quinta cabra, el quinto recental, la quinta fanega de trigo y quinto de todas las cosas... Os ruego por último y os encargo que todos seáis buenos cristianos, que sirváis bien a Dios, le améis y temáis; concurrid a la iglesia... Y ahora, si hay alguno de cualquier clase o condición que sea que tenga algo que decirme, que me lo diga, que yo lo oiré y atenderé de muy buena voluntad" (*Ob. cit.* cap. 37, p. 105, 106 y 107).

(343) "Cabalgó tanto el Señor de Bethencourt, que llegó por fin a Florencia... Divulgaron la voz de que había entrado en la ciudad un rey que se llamaba el *Rey de Canaria*... Cuando el magistrado de la ciudad lo supo le envió un decoroso presente en su nombre y en el de los señores de la ciudad... (*Ob. cit.* cap. 93, p. 114 y 115).

(344) Viera, *Noticias,* tomo 1.º, p. 389 y 394.

(345) Según Abreu Galindo, Pedro Barba, al llegar a Lanzarote, embarcó a Maciot para España a fin de que diese cuenta de su administración y éste, al llegar a San Lúcar, cedió las islas Canarias al conde de Niebla. Este acto, autorizado por don Juan II, se refiere al 15 de noviembre de 1418. El sobrino de Bethencourt regresa en seguida a las Canarias, que administra en nombre del conde de Niebla. Verifica algunas excursiones en las islas independientes; pero después de nueve años de infructuosas tentativas, abandona las islas y va a establecerse a la Madera, en donde cede nuevamente el dominio conquistado por su tío al Infante de Portugal. (Véase Galindo, libro 1.º cap. 21).

(346) Parece, sin embargo, que la muerte de Maciot no acaeció sino después de 1451, puesto que en esta época el rey don Juan II, queriendo evitar las tentativas de los portugueses sobre las islas Canarias, mandó expulsar de estos sitios a todos los extranjeros sospechosos que se presentasen y, particularmente, a Maciot de Bethencourt, una vez cumplido el plazo (Viera, *Noticias,* tomo 2.º, p. 15).

(347) El conde de Niebla cedió las islas Canarias a Guillén de las Casas por cinco mil doblas moriscas. Maciot de Bethencourt, habiendo protestado contra esta venta en 1432, entró con Guillén en arreglo y le dejó el usufructo de la isla de Lanzarote, que debía volver a su muerte al señorío de las Casas (*Noticias,* tomo 2, p. 8).

Guillén de las Casas o Casaus era alcalde mayor de Sevilla y descendiente de los vizcondes de Limoges; se había casado con doña Inés de Bracamonte, sobrina de Juan de Bethencourt. Los historiadores españoles y aún Viera lo reconocen como el sexto rey feudatario de las islas Canarias. No residió sino muy poco tiempo en sus dominios y dejó, al regresar a España, el gobierno de Lanzarote y Fuerteventura a Antonio Luzardo de Franchy, gentilhombre genovés, y el de la isla del Hierro a Jofré Tenorio de Sevilla. Don Juan II, por una carta patente expedida en la villa de Ocaña en 23 de junio de 1433, aseguró a favor de Guillén de las Casas la venta que el conde de Niebla le había hecho, pero esta acta no puede considerarse sino como la confirmación del derecho que este príncipe había concedido en 29 de agosto de 1420 a Alfonso de las Casas, padre de Guillén, por la conquista de Canaria, Tenerife y La Palma. Por estas primeras cartas patentes el rey de Castilla hacía donación al dicho Alfonso de las Casas y a sus sucesores de las islas Canarias con el señorío civil y criminal y alta y baja jurisdicción, con la condición de que corriese en sus dominios la moneda de España y auxiliase al rey de Castilla con cuatro galeras de guerra, que siempre deberían estar listas en dar a la vela al primer aviso, pero cuyos gastos serían de cuenta de la corona desde el momento que entrasen en servicio (Pelliz, man., p. 6. Viera, *Noticias,* tomo 1, p. 411).

(348) Véanse *Crónicas de don Juan II,* p. 243. Gomara, *Historia de las Indias,* cap. 223. Viera, *Noticias,* p. 415.

(349) Este Peraza era hijo del señor de Almonaster, que invadió la isla de Lanzarote en 1393; se había casado con doña Inés, hija de Guillén de las Casas.

(350) Viera, *Noticias,* tomo 1, p. 459 y tomo 2, p. 20.

(351) Acoraide por Telde, Egehenaca por Agüimes, Valdacane por Tejeda, Aridami por Aquejata y Saco por Agaete. Achutindac por Gáldar, Adouna por Tamaraceyte, Arlenteyfac por Artevizgo, Achuteyga por Artiacar y Guriruquian por Arucas (*Noticias,* tomo 1, p. 474).

(352) Viera, *Noticias,* (de Galindo) tomo 2, p. 37.

(353) El autor de las *Noticias* añade que Pedro de Vera se hizo adjudicar en esta venta pública las mejores piezas de su predecesor *y no tomó las peores para su uso* (*Noticias,* tomo 2. p. 66).

El inventario de los bagajes y de los bienes de Juan Rejón se encuentra consignado en un antiguo manuscrito de aquel tiempo. La lista es muy curiosa y la reproducimos en este lugar:

"Cuatro caballos con sus sillas y frenos; cuatro adargas; cuatro pares de corazas; cuatro cotas de malla; una docena de paveses y rodelas; tres docenas de lanzas; una caja de aparejos de la gineta; cascos, cabezadas; riendas; espuelas; estribos; dos arcas de ropas de lienzo y de vestir; dos jarros de plata, dos tazas, dos cubiletes, un salero y una docena de cucharas; dos paños de Corte; dos reposteros; dos bufetes, una docena de sillas y otros utensilios de casa".

Tan sólo la cama fue exceptuada de la venta y enviada a bordo antes de la salida del general (Véase *Noticias,* tomo 2, p. 66 y 67. Nota).

(354) Varios historiadores cuentan que los canarios, desconfiando de la sinceridad de las intenciones de Pedro de Vera, exigieron que jurase sobre la hostia, que no se les conduciría a otra parte que a Tenerife; pero que el general español se entendió con su capellán para que le presentase durante la misma una hostia no consagrada sobre la que pronunció el juramento exigido y que violó casi al momento (véase Viana, canto 2.º. Núñez de la Peña, libro 1, cap. 12. Castillo, libro 2, cap. 11).

(355) *Noticias,* tomo 2, libro 17, p. 3.

Castillo asegura en sus memorias que cierto número de estos desgraciados canarios fueron conducidos a Portugal por Diego de Silva, que en esta época aún se hallaba en Lanzarote, y que los desembarcó cerca de Sagre para el servicio de la hacienda que poseía en estas cercanías. Los restantes fueron enviados de guarnición al castillo de Guader, en la costa de Africa, donde murieron o quedaron prisioneros de los moros (Castillo, libro 2, cap. 2).

(356) Pedro de Vera había adquirido una gran reputación en varios combates de este género. Uno de los más memorables fue el que sostuvo en presencia de la corte contra un caballero de Navarra, que había insultado al rey de Castilla. Pedro de Vera, que entonces era oficial del palacio, quiso tener la gloria de vengar esta afrenta y, después de haber derribado al navarro de un lanzazo, le cortó la cabeza y la llevó a los pies del monarca.

(357) Véase anteriormente.

(358) Este lugar lleva aún el nombre de *Risco de las mujeres.*

(359) El Faycán de Gáldar, después de su deserción, tomó el nombre de don Juan de Agado, de uno de los oficiales del ejército de Vera, que fue su padrino de bautismo. Más tarde asistió a la conquista de Tenerife y los servicios que prestó le valieron concesiones de tierras (Núñez de la Peña, libro 1, cap. 17).

(360) Galindo, libro 2, cap. 96. Viera, *Noticias,* tomo 2, p. 105.

(361) Galindo, libro 2, cap. 28-29. Núñez de la Peña, libro 1, cap. 12. Viana, canto 1.º. Viera, tomo 2, libro 8, p. 3 y 4.

(362) Las contestaciones que se suscitaron entre Pedro de Vera y el obispo Frías y las que dieron lugar a las sentencias que mandó ejecutar el general determinaron su llamamiento a España. El conquistador de la Gran Canaria fue recibido con distinción por Fernando e Isabel; asistió a la toma de Granada y murió en Jerez de una edad muy avanzada (Galindo, libro 2, cap. 26).

(363) Entre estos últimos se contaba el famoso Maninidra, los antiguos Guayres Ibone, Idutindana y don Fernando Guanarteme con cuarenta de sus parientes o servidores. Véase Núñez de la Peña, libro 1, cap. 13. Padre Espinosa, libro 3, cap. 4. Viera, libro 8, p. 12.

(364) Tales fueron los Benítez, los Vergaras, los Machados, los Guerras, los Harenas, etc., cuyos descendientes existen aún en las Canarias. Los hijos del infortunado Algaba, ejecutado por orden de Juan Rejón, formaron igualmente parte de esta expedición a la que se asoció Pedro Benavente Cabeza de Vaca, comendador de Santiago y veinticuatro de Jerez (*Noticias,* tomo 2, p. 147).

(365) Los príncipes Bentacaire, Atabara, Bediesta, Timava, Bediesta de Garafía, Atogmatoma, que mandaban las tribus de Tedote, Tenagua, Adehayamen, Tagaragre, Gualquen e Hiscaguán (véase *Noticias,* tomo 2, p. 153).

(366) El infierno o el volcán del Pico de Teide.

(367) Núñez de la Peña, libro 1, cap. 14.

(368) Alonso de Lugo propuso al Mencey el aceptar su amistad, abrazar el cristianismo y el someterse al rey y a la reina de Castilla. "Yo no sabría rehusar mi amistad al que ninguna ofensa me ha hecho —respondió Bencomo—, en cuanto a la nueva religión no puedo abrazarla sin conocerla; y por lo que respecta a la obediencia exigida a otros hombres, sabed que los menceyes de Tenerife no se han envilecido jamás".

El Padre Espinosa, que cita esta respuesta, no ha temido aplaudirla. "La guerra que se hizo a los naturales de estas islas, lo mismo que la que se intentó contra los indios de América, fue verdaderamente muy extraña, pues estos pueblos se hallaban en su territorio y los cristianos ningún derecho tenían a él. Jamás habían salido de su país para apoderarse de los bienes ajenos. ¿Por qué presentarse tambor batiente y banderas desplegadas para llevarles el evangelio, en lugar de persuadirlos con palabras de paz y de dulzura? Debieron haberse empleado los ruegos y no la fuerza" (Padre Espinosa, libro 3, cap. 4 y 5).

Hay, sin embargo, versión acerca de la primera entrevista de los guanches y de los españoles que contradicen las aserciones de los autores canarios y es la de Andrés Bernáldez, que traducimos del texto original:

"Los españoles, habiendo desembarcado en Tenerife, empezaron a hacer la guerra a los guanches, pero éstos pidieron al momento abrazar al cristianismo conservando sus bienes y su libertad, comprometiéndose además a reconocer la soberanía de los Reyes Católicos. Pero sus proposiciones no fueron aceptadas por varias razones. 1.ª, para utilizar el armamento que había costado grandes sumas. 2.ª, porque habían rehusado las intimaciones anteriores. 3.ª, porque no se fiaban de sus promesas, temiendo se sublevasen más adelante. Así, pues, no fue para servir a Dios que los españoles declararon la guerra, pero sí para hacerlos esclavos y arrebatarles sus bienes" (Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos,* cap. 131).

(369) Los príncipes que rehusaron entrar en la confederación fueron Adxoña, mencey de Abona; Pelinor, mencey de Adeje; Romen, mencey de Daute y Pelicar, mencey de Icoden o Benicod. "Estos príncipes —dice Viera—, por una envidia deplorable, debilitaron la liga que Bencomo quería oponer a los enemigos, aceleraron la esclavitud de su patria y tuvieron la vergüenza de rendirse sin combate y sin gloria".

"Acaymo, mencey de Tacoronte —añade—, fue siempre fiel al tratado de alianza pactado con el príncipe de Tahoro; no se rindió sino al último extremo y se presentó ante el vencedor con una pierna mutilada y su lanza teñida de sangre enemiga".

"Tegueste, segundo mencey de Tegueste, fue un valiente soldado, activo, ágil, incansable; no cesó de inquietar a los españoles en

todos los encuentros".

"Beneharo, segundo mencey de Anaga, había ya medido sus fuerzas varias veces con los aventureros antes de la llegada de Lugo y su valor había siempre triunfado de sus esfuerzos. En la guerra de la conquista, Beneharo se manifestó digno de su reputación".

"Zebensuí, que mandaba el más pequeño de los principados de Tenerife, fue un bárbaro ilustre, que llevó hasta el heroísmo el valor y la sencillez de los primeros tiempos" (*Noticias,* tomo 1.º, libro 2.º, cap. 23).

(370) Los autores españoles no han omitido el hacer intervenir el socorro de los santos en esta circunstancia. Viana atribuye la libertad del general al arcángel San Miguel y el Padre Gándara a la aparición de la Virgen de Candelaria, que hizo oscurecer la atmósfera e hirió a los guanches con un terror pánico.

(371) Los españoles han llamado esta batalla la *Matanza de Acentejo* y de aquí el nombre de la Matanza impuesto al pueblecito situado cerca del famoso barranco que los habitantes de Tenerife llaman generalmente Barranco de la Matanza.

(372) Véase al Padre Espinosa, libro 3.º, cap. 6. Viana, canto 8. Viera tomo 2.º, libro 9.º, cap. 7.

Las diferentes provisiones de que habla Viana se componían de doce cerdos, doce carneros y de otras tantas cabras, cabritos, corderos, lechoncillos y conejos y de un número igual de grandes panes de manteca, quesos, odres de leche y sacos de gofio. Los regalos ofrecidos al mencey por el general español consistían en un casco con penacho, una toca de terciopelo, un caballo ajaezado, una espada de fino temple, un cinturón de seda con sus borlas, una caja de cuchillos, un par de medias de seda de Granada, seis pares de zapatos, un par de borceguíes y un anillo de oro.

(373) Según este contrato, los armadores debían dividir con los conquistadores los beneficios de la conquista, es decir, los cautivos, los ganados y los demás despojos.

(374) Los historiadores hacen subir el ejército guanche a once mil hombres, pero nosotros pensamos como Viera, que es necesario disminuir este número a la mitad que parece más verdadero.

(375) Esta capilla es la que aún se ve hoy día situada sobre una eminencia antes de entrar en la ciudad de La Laguna y se llama Santa María de Gracia.

(376) Rodrigo de Barrios, Juan de Guzmán, Diego Fernández Manzanilla, Juan de Harena, Francisco Melián, Francisco del Portillo, Gonzalo de Muñoz, Juan Méndez, Diego de Solís, Lope de Fuentes, Rodrigo de Burguillos y Alonso Fernández Gallego.

(377) Núñez de la Peña, libro 1.º, cap. 16. P. Espinosa, libro 3.º.

(378) El pueblo de la Victoria, cuya iglesia se halla consagrada a Santa María de la Victoria. Este pueblo se halla cercano al de la Matanza, en donde se halla el gran barranco de Acentejo.

(379) Estas provisiones de boca consistían en treinta barriles de harina, veinticuatro sacos de chicharros, sesenta quintales de galleta, veinte toneles de vino y dos mil libras de aceite (Núñez de la

Peña, libro 1.º, cap. 16).

(380) El sitio del valle de La Orotava, en donde acamparon los dos ejércitos, se halla ocupado en la actualidad por los pueblos de los Realejos. El Realejo de *arriba* designa el campamento superior como lo indica su nombre y el Realejo de *abajo* recuerda el de los guanches, que se hallaba situado en la parte baja del valle.

(381) Reproduciremos en este lugar algunas de las reflexiones que el poeta Viana presta al mencey de Tahoro en el momento de comprometer a sus colegas a la sumisión. Estos fragmentos servirán para apreciar el mérito de la obra patriótica que varias veces hemos tenido ocasión de citar.

Hame puesto Fortuna en tal estado,
Que del que tuve tiempo es diferente;
Apenas me conozco ya trocado,
Arruinado y vencido aunque valiente;
Tanto en los males míos se ha extremado
Que no me vale la insulana gente
Y vence la española generosa:
Vencido soy, y en todo es victoriosa.

Tinerfe el valeroso fue mi abuelo
Y su cetro, corona y poderío,
Pacífico rigió el Nivario suelo
Con absoluto y libre señorío:
Mas tan contrario se me muestra el cielo
(Quizá por remediarme y por bien mío)
Que me quita de rey el ser y nombre
Dulzura amarga que apetece el hombre.

Dichoso el descuidado pastorcillo
Que a sombra afable de un laurel se sienta
Y con quietud el ánimo sencillo
Las simples ovejuelas apacienta;
Al son del agua clara un cantarcillo
Placer inmenso a su descanso aumenta,
Repasta, alegra y mira su rebaño,
Lleno de bienes sin temor de daño.

Mas ¡ay! de mi pastor de mayor cuenta
Y de menor quietud, menor reposo,
Que combatido he sido de tormenta
Por conservar un reino trabajoso.
Gran carga tiene aquel que lo sustenta,
Que es cuanto puede más, más peligroso,
Y no hay de sí ninguno tan seguro,
Que no recele y tema lo futuro.

Cristiano quiero ser, no más batalla
Cese el peligro y daño de la guerra,
Que no puede Nivaria sustentalla
Contra el de España, do el valor se encierra;
La tierra suya al cabo ha de ganalla,
Y quiero ya rendir corona y tierra,
Y acabe de Bencomo la memoria,
Pues se acabó de rey el cetro y gloria.

Mas ¡ay! querida patria, que he de veros
Sin libertad sujeta y gobernada
Con otras leyes y con otros fueros.
¡O por mejor decir, tiranizada!
¿Quién lo podrá sufrir? ¿Mas quién valeros,
Si Dios lo ordena así, si a Dios le agrada
Y el gran poder de España al vuestro excede?
Que la ayuda de Dios lo puede.

Viana, canto XV.

HISTOIRE NATURELLE

DES

ILES CANARIES,

PAR

MM. P. BARKER-WEBB ET SABIN BERTHELOT,

Membres de plusieurs Académies et Sociétés savantes;

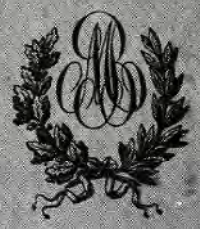
OUVRAGE PUBLIÉ SOUS LES AUSPICES

De M. Guizot, Ministre de l'Instruction publique.

TOME PREMIER.

Première partie.

CONTENANT L'ETHNOGRAPHIE ET LES ANNALES DE LA CONQUÊTE.

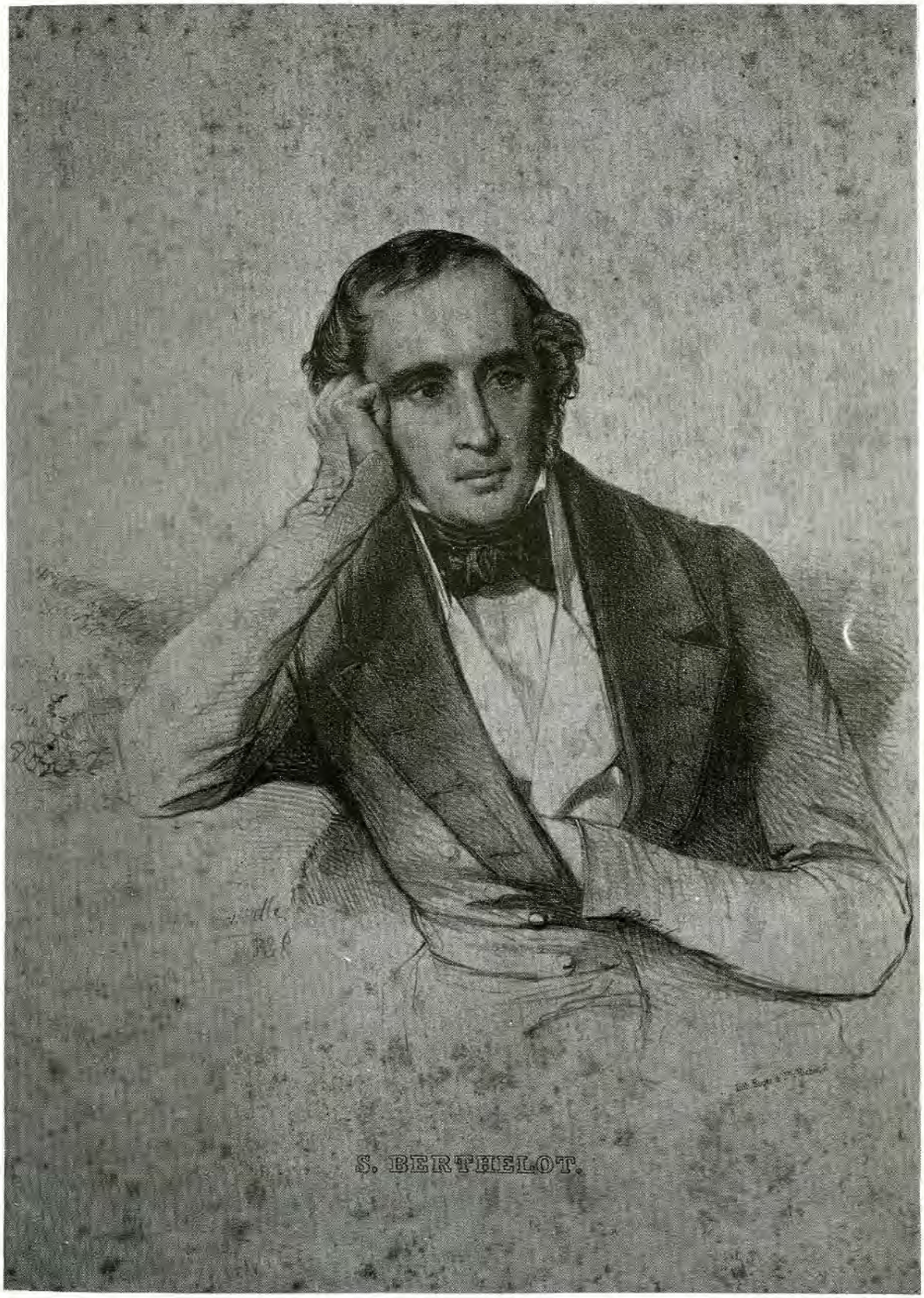


PARIS,

BÉTHUNE, ÉDITEUR, RUE DE VAUGIRARD, 36.

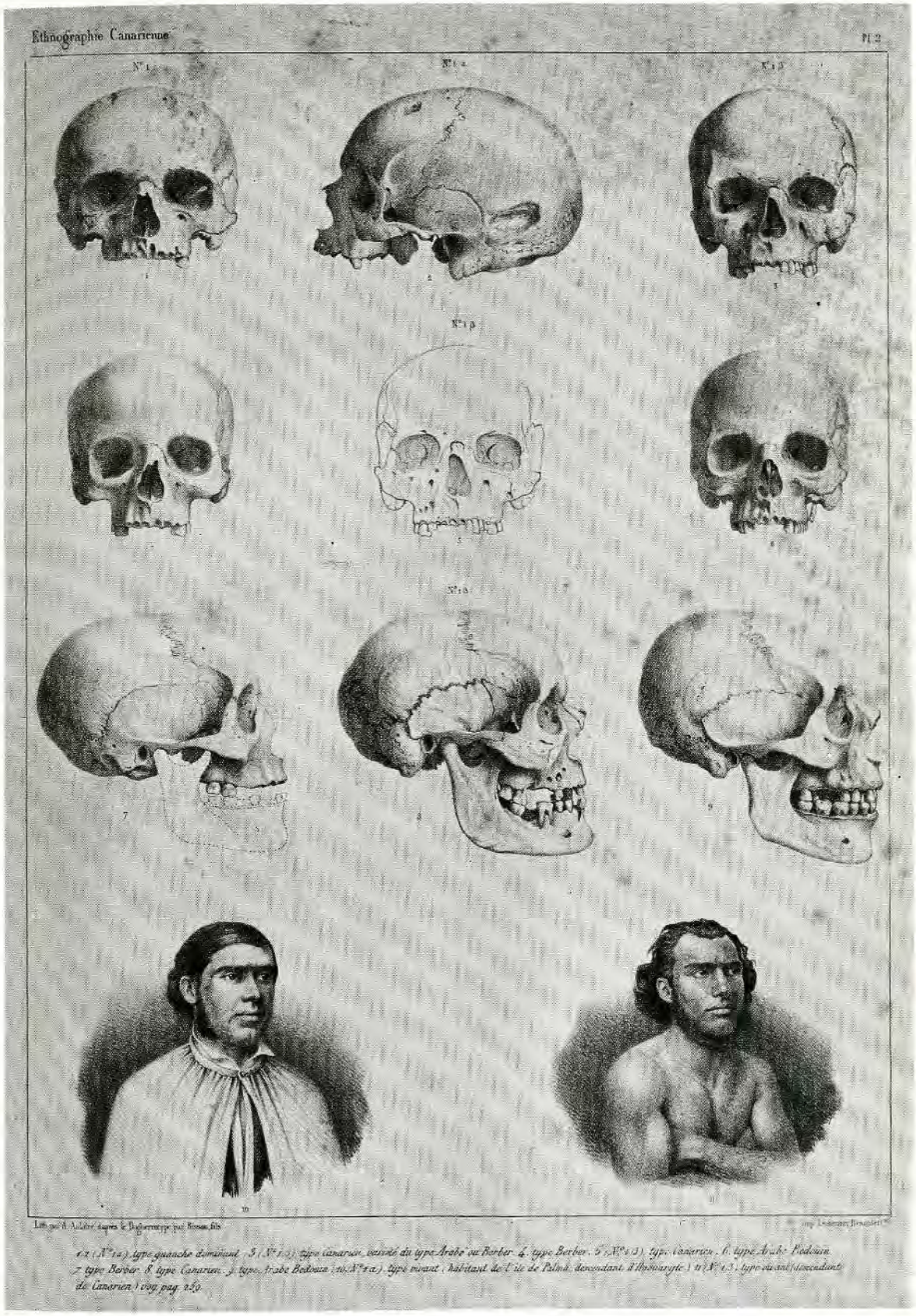
MDCCCXLII.

ETHNOGRAPHIE.



S. BERTHELOT.

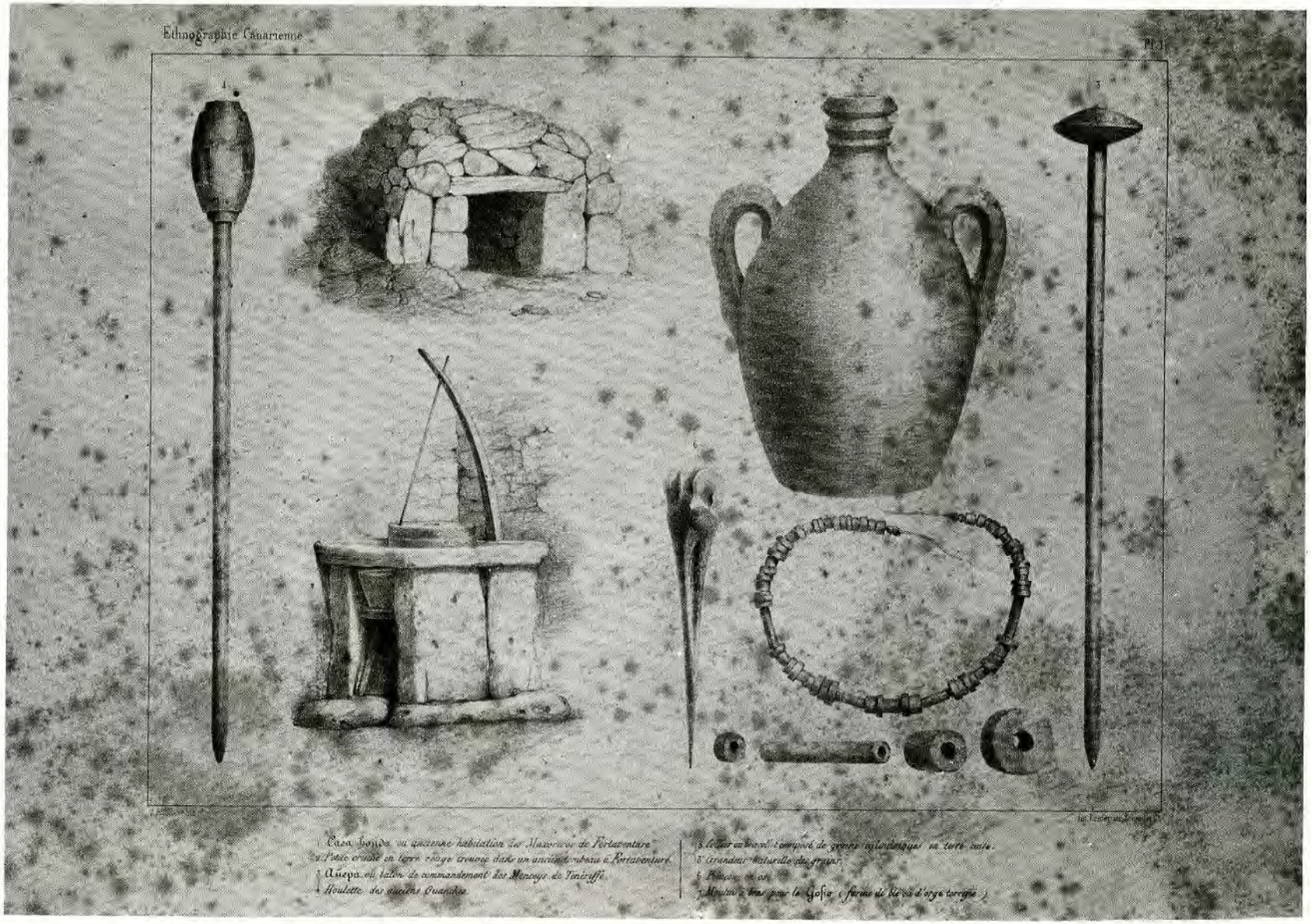
P. Barker Webb



Lith. par A. Adlard, d'après le Daguerréotype par Rossin fils

Imp. Lemercier Bruxelles

1 et 2 (N° 1 et 2) type guanche dominant. 3 (N° 1 et 3) type canarien, métissé du type Arabe ou Berber. 4 type Berber. 5 (N° 1 et 3) type canarien. 6 type Arabe Bédouin. 7 type Berber. 8 type Canarien. 9 type Arabe Bédouin. 10 (N° 1 et 2) type mixte (habitant de l'île de Palma, descendant d'Hespérugète) 11 (N° 1 et 3) type métis (descendant de Canarien) voy. pag. 259.



1 Casa bonita ou ancienne habitation des Naturels de Fortaventure.
2 Petite cruche en terre cuite trouvée dans un ancien tombeau à Fortaventure.
3 Auepa ou bâton de commandement des Menceys de Ténériffe.
4 Houlette des pasteurs Guanches.
5 Collier authentique composé de grains intentionnels en terre cuite.
6 Grandeur naturelle des grains.
7 Pointes en os.
7 Moulins à bras pour le Gofio (farine de blé ou d'orge torréfié).

NOTA FINAL

Tras haber reproducido las láminas aparecidas en la edición original francesa de este gran trabajo de Berthelot y Barker Webb, hacemos notar que en el comentario inicial, con el que abríamos la lectura al primer volumen de esta obra, hablábamos del trabajo de don Elías Zerolo titulado *Legajo de varios*. Una de sus partes, concretamente la que va de la página 219 a la 268, es la que versa sobre Sabino Berthelot.

Dijimos entonces que considerábamos de sumo interés el publicar este estudio biográfico como complemento a la *Etnografía y anales de la conquista de las islas Canarias*. Hoy nos ratificamos en ello y es por lo que, a modo de comentario final damos algunos fragmentos del trabajo que el señor Zerolo tituló: *Biografía de Sabino Berthelot* y en el que dedica un amplio aparte a la figura de P. Barker-Webb.

BIOGRAFIA DE SABINO BERTHELOT

El 4 de abril de 1794 nació en Marsella el ilustre naturalista objeto de estas líneas, siendo sus padres Juan Agustín Berthelot y Teresa Eulalia Augier.

Pocas noticias tenemos de su infancia. Su padre, que había sido comerciante y que tenía prestados algunos servicios a la familia Bonaparte, obtuvo que su hijo Sabino entrase en un colegio del Estado (Lycée Impérial) y allí, costeando el Gobierno sus estudios, recibió su primera educación.

Al salir del colegio de Marsella ingresó en la marina de guerra, donde sirvió como aspirante a bordo de *L'Ulm* y de *La Rose* hasta 1812.

Por esta época su hermano mayor partió a la campaña de Rusia, y nuestro joven marino quedó acompañando a su madre, que la citada ausencia dejaba sola: el padre de Mr. Berthelot había fallecido en 1809.

Hecha la paz, el joven Berthelot volvió de nuevo al mar, pero entonces creemos que en buques mercantes, haciendo algunos viajes a las Antillas francesas; hasta que en 1819 o 1820 vino por primera vez a estas islas.

En esta época comienza una nueva fase en la vida de Berthelot, el cual presta servicios que no es posible olvidar al progreso y cultura de nuestro país.

Dueño completamente Berthelot de sus acciones, encontrámosle, en los diez años que aquí pasó entonces, entregado a diferentes trabajos que demostraban su laboriosidad y su aptitud para estudios de cierto género, a los que tenía afición; mas especiales circunstancias impedían les consagrase todo su tiempo.

Ya se le ve por encargo del marqués de Villanueva del Prado —cuya memoria tantos títulos tiene a la gratitud de los canarios — dirigiendo el Jardín Botánico de La Orotava, que el célebre patriota, padre de aquel, había fundado; ya de profesor en unión de Mr. P. Alexandre Auber — que más tarde había de hacerse con justicia apreciar de la juventud estudiosa de La Habana — del Liceo por ellos fundado en la misma población, Liceo que, sin embargo de los buenos métodos de enseñanza y del saber de los profesores, tuvieron que cerrar por las poderosas influencias que en contra se desencadenaron; ya también reuniendo materiales para escribir

una historia del archipiélago; o ya, en fin, herborizando en nuestros montes y valles.

Siempre recordaba Mr. Berthelot ésta su primera estancia en Canarias, como la época más grata de su vida. En la introducción de su libro *Souvenirs Intimes,* concluido poco antes de su muerte y que se conserva inédito, se lee el siguiente párrafo que nos lo probaría si más de una vez no se lo hubiéramos oído repetir.

"Hace más de medio siglo, escribe, que seducido por las bellezas naturales de este archipiélago, que los antiguos habían llamado las islas Fortunadas, y del que me proponía escribir la historia, pasé en él diez años. Esta fue la época más feliz de mi vida; podía entregarme por completo a mis estudios favoritos con la más completa independencia. La franca hospitalidad y el simpático carácter de los habitantes de estas islas, contribuyeron mucho a hacerme prolongar mi residencia. Las íntimas relaciones que contraje con varios hombres distinguidos, la estrecha amistad que me ligó a algunos de ellos, hanme dejado recuerdos preciosos que llevan con frecuencia mi imaginación a aquellos tiempos".

En estos años, pues, que tan agradablemente recordaba Mr. Berthelot, comenzó a dar a luz sus escritos. De éstos creemos fueron los primeros, una monografía del histórico drago de La Orotava, que publicó en las Actas de la Academia de Naturalistas, de Bonn; y otra sobre la *visnea mocanera,* que envió a la Sociedad Médico botánica de Londres. Esta última mereció tal aprecio de aquella sabia corporación, que el secretario de la misma escribió a nuestro amigo entre otras cosas: "Con trabajos tales es con los que la Sociedad cumplirá la misión de su instituto, y ruego a usted me crea sincero al asegurarle que la Sociedad ha recibido pocas memorias más pre-

cisas en sus detalles y más útil en su conjunto... En el segundo número de las Actas de la Sociedad se publicará la memoria de usted, acompañada, si es posible, de un grabado".

Escribió también por entonces la relación de su primer viaje al Teide, que debió publicarse (*) en las Memorias del Museo de Historia Natural de París.

Hemos citado especialmente estos primeros estudios de Mr. Berthelot, por creerse generalmente aquí (**) que sus publicaciones son todas posteriores a la llegada a esta isla (5 de mayo de 1828) del ilustre naturalista y distinguido arqueólogo inglés Mr. Webb.

Indudable es que, unido a Webb, hizo Berthelot lo que solo, por la carencia de recursos materiales, jamás quizá hubiera realizado; quedando tal vez casi oscurecido en nuestras peñas entregado a la lucha por la vida. Pero esto no obsta para que pueda asegurarse que en aquella época tenía ya especiales conocimientos de la historia natural del país y de su etnografía, conocimientos que a Webb le convino aprovechar y que apreció lo bastante para unir al de Berthelot su nombre al frente de esa monumental obra — sin duda la de más importancia que referente a Canarias cuenta hasta ahora la bibliografía — que lleva por título *Histoire Naturelle des îles Canaries*...

Permítasenos antes de seguir adelante, dedicar aquí algunas líneas a Mr. Webb: que bien las me-

---

(*) No hemos podido verificar, como hemos hecho con la mayor parte de las noticias que consignamos, la publicación de los dos trabajos últimamente citados.

(**) Tal vez contribuya a esta creencia la *Notice sur la vie et les travaux de Philippe Barker-Webb*, publicada en 1856 (París) por M. J. Gay; donde se dice que, deseando tornar a Europa un joven farmacéutico español que acompañaba a Webb, éste lo reemplazó con Mr. Berthelot, en quien supone Mr. Gay escasos conocimientos.

rece el colaborador y amigo de nuestro biografiado.

Felipe Barker Webb, hijo primogénito de una noble y rica familia inglesa, y que a una educación de las más distinguidas unía el título de doctor por la Universidad de Oxford, nació en 1793. "Dotado — dice el mismo Mr. Berthelot en sus *Souvenirs Intimes* — de una vasta memoria, de gran inteligencia y de rara facilidad para los estudios lingüísticos, escribía y hablaba el latín y el griego antiguo, y conocía gramaticalmente seis o siete idiomas modernos. En Roma había admirado al célebre abate Mezzofante, en una conferencia en que quedó sorprendido viéndole conversar en griego moderno con un capitán candiota. Yo oí muchas veces a Webb recitar cantos enteros de Homero y de Virgilio, odas de Horacio y poesías de Anacreonte. Pero estos conocimientos no los había adquirido solamente en las aulas: los viajes habían sido para Webb rica fuente de observaciones y estudios... Una obra conocida y estimada de todos los arqueólogos, *Osservazioni intorno allo stato antico e presente dell'agro Trojano,* que escribió por así decirlo sobre el mismo terreno, lo había hecho ya (cuando llegó a Canarias) conocer de los sabios. Y puesto que hablo de este hombre bueno y generoso, de este corazón de oro, acabaré este ligero perfil mostrándolo tal como yo lo veo aún en el espejo de mi pensamiento".

"Sus maneras eran las del aristócrata inglés; y su alta talla, su noble presencia y su bella fisonomía, prevenían en su favor. Un aire de bondad y de franqueza hacía inmediatamente desear su compañía; unía a su inmenso saber mucha modestia y una prudente reserva con los desconocidos, que se tornaba con los íntimos en grata franqueza. De pronto podría tomársele más por alemán que por inglés; mirada dulce y afable, boca siempre sonriente, aspecto lleno

de bondad".

Webb murió en París en 1859 considerado como uno de los más notables botánicos de la época y tal vez como el más erudito.

Este fue el distinguido hombre que asoció a sus trabajos a Mr. Berthelot.

Después de la llegada de Webb, dedicóse Berthelot por completo a aumentar sus colecciones y reunir nuevos materiales para la grande obra. Para ello hizo en compañía de Webb exploraciones en todas las islas del archipiélago, durante dos años; y a fines del de 1830 partieron ambos para Europa, a fin de buscar otros colaboradores y preparar luego la impresión de la *Histoire Naturelle.*

Antes de fijarse en París visitaron varias poblaciones de España, Francia, Italia, Suiza e Inglaterra, en las cuales Berthelot hizo conocimiento y estrechó relaciones ya comenzadas con notables lumbreras de la ciencia...

Ya en París, prontamente recogió Berthelot el fruto de sus estudios, viéndose elevado a puestos, que, como el de Secretario general de la *Société de Géographie,* habían desempeñado y continúan desempeñando hombres de grandes conocimientos en las ciencias geográficas.

Llegamos al período de la vida de Mr. Berthelot en que más conocido hizo su nombre.

Admira sólo la enumeración de sus publicaciones de entonces, pero merece mención especial la parte que tomó en la redacción de la *Histoire Naturelle des îles Canaries.*

Esta importante obra consta de tres grandes to-

mos divididos en varias partes con objeto de facilitar su estudio; lo que hace que se la encuaderne en nueve o más volúmenes. Su título no da cabal idea de las materias que trata, pues todo el tomo primero y parte del segundo está dedicado a la historia de la conquista, relaciones de viajes, geografía descriptiva, etc.; materias que, a la verdad, huelgan, dado el título de la obra. No por esto deja de ser de reconocido mérito la parte citada, que precisamente redactó Mr. Berthelot...

Mr. Berthelot desempeñó por espacio de cuatro años, de 1840 a 1844, la secretaría general de la Sociedad de Geografía de París, formando parte a la vez de importantes comisiones, entre ellas la de redacción del Boletín de la misma Sociedad... Son muy notables las memorias de los trabajos de la Sociedad y de los progresos científicos que como secretario redactó cada año.

Tradujo por entonces al francés parte de la conocida *Histoire physique, politique et naturelle de l'île de Cuba,* por don Ramón de la Sagra.

En los años 1843 a 1845, el almirante Mackau, ministro de Marina y de Comercio, que había sido su compañero en 1809 en la marina imperial, le encargó en nombre del Gobierno que reuniese materiales para la continuación de la importante *Histoire générale des Pêches...*

Un año después, en 1846, celebróse en Marsella la XIV sesión del Congreso Científico de Francia, y allí acudió Mr. Berthelot, como miembro del Congreso, tomando activa parte en los debates sobre las funciones de las antenas en los insectos, emigración de los peces y diferencia entre la aclimatación y la domesticación.

En esta época, poco más o menos, fue cuando hizo el relieve de la isla de Tenerife, género de traba-

jo a que tenía mucha afición. De este relieve existen algunos ejemplares en Madrid y en París; y en esta capital poseemos dos, uno en la Capitanía general y otro en poder de Mr. León F. Lavialle, distinguido amigo nuestro, y que lo fue muy querido de Mr. Berthelot. Ejecutó también el relieve de nuestro archipiélago, pero muchos años más tarde, cuando ya residía nuevamente en estas islas; y lo regaló años antes de su muerte a nuestro amigo don Justo P. Parrilla.

Además de las aficiones científicas y literarias, teníalas también Mr. Berthelot artísticas. Empleaba los pocos momentos que sus estudios le dejaban libre, visitando museos y colecciones particulares; lo que le hizo adquirir cierta cultura artística...

De este modo transcurrió la vida de Mr. Berthelot, durante catorce años de residencia en París.

Pero no estaba satisfecho. Deseaba poder alternar los estudios del naturalista viajero con los del naturalista de gabinete; y su posición en París sólo le permitía lo último. Había también algo —que él llamaba en ocasiones su destino— que lo atraía a Canarias, que lo hacía pensar constantemente en una nueva estancia en nuestro país, estudiando su rica flora, aspirando el suave perfume de las retamas y observando su fauna terrestre y marítima.

Y en agosto de 1847 quedaron cumplidos sus deseos. El gobierno francés, que en época muy anterior había mandado a Tenerife como su representante a otro naturalista —Mr. Broussonet—, nombró a Mr. Berthelot agente consular interino en esta entonces villa de Santa Cruz de Tenerife. La nota en que el ministro Guizot le comunica el nombramiento tiene un párrafo que dice así: "Los títulos que habéis adquirido al afecto del gobierno del Rey, sobre todo por los trabajos a que os habéis dedicado durante

vuestra larga permanencia en Canarias, tanto sobre los productos de este archipiélago, como sobre la pesca en la costa Oeste de Africa, os han valido este testimonio de confianza; y lo justificará plenamente, estoy seguro, la utilidad de vuestros servicios".

A fines de dicho año de 1847 llegó de nuevo a estas islas Mr. Berthelot a encargarse de la Agencia consular de Francia, que estaba a cargo del apreciable Mr. Bretillard, ya anciano; y poco tiempo después, ocupando el conocido poeta y escritor Lamartine el ministerio de Relaciones Exteriores de la República, le expidió éste, en 14 de abril de 1848, el nombramiento de Agente Consular...

Veamos ahora los trabajos de Mr. Berthelot durante su última residencia en Canarias, y digamos algo que haga conocer a los lectores sus ideas y costumbres, las distinciones oficiales y particulares que mereció y los escritos que dio a la prensa.

No halló Mr. Berthelot nuestro país como lo había dejado: que no en balde corren los años, y diecisiete habían impreso su huella en las costumbres. Aquellas casi patriarcales, que junto con la hermosura de nuestra rica vegetación encerraban para Mr. Berthelot tan grande atractivo, ya no existían.

Aquellos isleños sencillos y joviales, tranquilos y contentos, satisfechos del presente y poco cuidadosos del porvenir, habíanse transformado: la vida íntima de la familia había perdido algo de sus encantos.

En compensación —que siempre el progreso la trae consigo —la vida social había ganado. Las relaciones generales y el cambio mutuo de las ideas

se abrían camino y el periodismo había comenzado (*) su misión civilizadora...

Pocos meses después de su llegada a Canarias recibió Mr. Berthelot rudo golpe. Un hijo que tenía de su matrimonio con Mad. Clara Aillaud (**) murió en París en día que recuerda un acontecimiento histórico de trascendencia, el 24 de febrero de 1848. A duras penas consiguió el afligido padre sobreponerse a tal desgracia, y treinta años después aún se dejaba ver que la herida no estaba cicatrizada.

Salgamos de esta nube negra, que oscurecía algunas veces la tranquila existencia de Mr. Berthelot, y consignemos hechos que son títulos importantísimos al agradecimiento de los canarios.

Tal vez no debiéramos revelar aquí la parte que le cupo en que el Gobierno español tomase una resolución, que ha contribuido mas que nada al desarrollo de la riqueza de esta provincia; mas, parécenos, si mal no recordamos, haber oído hablar de que en la misma época se cometió una indiscreción que dejó traslucir sus trabajos; además, en lo que a decir vamos gana la memoria de nuestro amigo, por más que pueda decirse que su cualidad de extranjero debió impedirle ocuparse en tal asunto: aludimos a la franquicia de nuestros puertos.

(*) Aunque en 1785 a 1787 y en 1808 a 1810 se habían ya impreso periódicos en Tenerife (Laguna), es lo cierto que hasta 1837 y 1838, en que aparecieron *El Pigmeo* en La Laguna, y *El Atlante, El Tribuno* y el *Diario Mercantil de Canarias* en Santa-Cruz, el periodismo no llegó a adquirir carácter parecido al que modernamente tiene.

Publicábanse en esta capital, el año que de nuevo llegó a ella Mr. Berthelot, *El Boletín Oficial* (que tenía secciones de asuntos generales y literatura), *La Aurora* y *El Eco de la Juventud.*

(**) Madame Berthelot falleció en Santa Cruz de Tenerife en agosto de 1878.

Desde que Mr. Berthelot llegó a esta capital tuvo repetidas veces necesidad, por su cargo de Cónsul de Francia, de hacer, a nombre de ciudadanos de su nación, reclamaciones ante empleados de aduanas, quizá no siempre aptos y rectos. Piénsese lo que debió contrariarle, a él, que participaba de ideas diametralmente opuestas — en París había pertenecido a centros propagadores de liberales reformas —, las trabas del sistema aduanero. Esta circunstancia, y su deseo del adelanto de nuestro país, hiciéronle pensar que el desarrollo de la riqueza de éste, colocado en el Océano como para que sirviera de punto de descanso entre dos mundos, no vendría jamás con tal sistema; y de aquí sus trabajos para las citadas franquicias.

Entregóse, pues, con incansable actividad a este asunto; escribió en los periódicos de entonces artículos que no firmaba y que provocaban duras réplicas de partidarios del sistema contrario; interesó en favor del proyecto a amigos suyos de Madrid, y aún a otros de París que tenían influencia con personas algo ligadas a los hombres del Gobierno; y por fin, debido en no pequeña parte a estos esfuerzos, y a los que a la vez hacían ilustrados patriotas, se dictó el famoso decreto de 11 de julio de 1852 que concedió la libertad comercial a las islas Canarias.

Hemos dejado para este lugar el ocuparnos en otro importantísimo servicio, prestado durante su primera residencia en Canarias por Mr. Berthelot. Este fue de los primeros que se ocuparon en la propagación de la cochinilla en nuestro país. Tan conocidos y apreciados eran sus trabajos por la aclimatación y propagación del insecto que ha sido verdadera mina de oro en este archipiélago, que la Real Sociedad de Amigos del País de Tenerife (Laguna), al tratar de propagarlo, acordó, en sesión del 19 de fe-

brero de (1825) (*), pedir a Mr. Berthelot las noticias necesarias. En la comunicación con que el secretario de la dicha patriótica Sociedad le comunicó el acuerdo de ésta, se ve cómo no se ignoraban los mencionados trabajos de Mr. Berthelot, pues se le suplica *tenga la bondad de comunicarle las noticias que haya reunido y las observaciones que haya hecho.*

Así es como encontramos unido el nombre de nuestro ilustre amigo a dos de los acontecimientos que más han contribuido en el presente siglo al progreso de las islas Canarias: la introducción del cultivo de la cochinilla y la declaración del puerto franco.

Si unimos estos títulos al aprecio de los canarios, a los adquiridos, en sus funciones de Cónsul de Francia, por medio de las ilustradas memorias que acerca de nuestro país enviaba con frecuencia al Gobierno del suyo, algunas de las cuales se mandaron publicar por el mismo; si aún añadimos los servicios prestados con sus diferentes libros y folletos, y artículos en revistas y periódicos, en todos los que, aunque fuera incidentalmente, se recomienda nuestro país al lector; y si tenemos en cuenta sus trabajos en el seno de Sociedades de Amigos del País y otros servicios más que sería largo enumerar, compréndese perfectamente con cuanta justicia el Ayuntamiento de esta capital, interpretando fielmente los sentimientos de sus administrados, y podemos asegurar sin temor de equivocarnos, los de todos los habitantes de la provincia, lo declaró en 21 de julio de 1876 hijo adoptivo de Santa Cruz de Tenerife.

Por cierto que el diploma que acreditaba esto,

(*) En el mismo año fue comisionado por el Gobierno con igual objeto don Santiago de la Cruz, a quien por su constante perseverancia corresponde principalmente la gloria de la propagación del insecto.

era el único, entre los muchos honorísimos que poseía, que, encerrado en un cuadro, había colocado en visible lugar en uno de los gabinetes de su casa.

Un día el que estas líneas escribe le dijo algo de esta preferencia, y le contestó Mr. Berthelot: *Tengo ahí ese título porque creo que es, de todos los que poseo, el que se me ha dado con más justicia; nadie puede poner en duda que soy isleño de corazón.*

Y téngase presente que entre sus papeles hemos visto diplomas que le acreditaban como miembro corresponsal de la *Academia de Naturalistas* de Bonn, (1825), de la *Sociedad Linneana* de París (1826), de la *Sociedad Médico-botánica* de Londres (1828), y de la *Academia de Marsella* (1833); que era miembro de la *Sociedad de Ciencias Naturales* (1834), de la *Sociedad Geológica* (1837), de la *Sociedad de Geografía* (1838), y de la *Sociedad Etnológica* (1839), de París; corresponsal del *Instituto Histórico y Geográfico del Brasil* (1839); miembro de la *Sociedad Marítima (pour la franchise de l'Océan)*, de París (1845), corresponsal de la *Real Academia Agraria de Turín* (1849), *de la Sociedad de Aclimatación del Reino de Prusia* (1858) y de la *Real Academia de Ciencias de Lisboa* (1859); miembro honorario de la *Sociedad de Aclimatación* (1860) y corresponsal de la *Sociedad de Antropología* (1865) de París; corresponsal de la *Sociedad de Geografía* de Marsella (1877) y oficial de Academia en Francia (1877). Y por lo que respecta a sociedades de nuestro país, además de haber pertenecido con honrosas menciones a algunas ya extinguidas, era socio de mérito de las *Sociedades de Amigos del País* de Las Palmas de Gran Canaria (1849), Santa Cruz de Tenerife (1864) y Santa Cruz de La Palma (1865); y honorario del *Gabinete Científico* de Santa Cruz de Tenerife y de *El Museo Canario* de Las Palmas. Poseía también otras honrosas dis-

tinciones por méritos literarios y científicos, de las que sólo citaremos la medalla de bronce que por sus estudios sobre la pesca le adjudicó el Jurado de la Exposición Internacional de Pesca y Acuicultura celebrada en Arcachón en 1866...

Los últimos trabajos de Mr. Berthelot han sido las *Antiquités Canariennes,* notable obra sobre el origen de los primitivos habitantes del archipiélago; *Plantes et Forêts* — que es una refundición y ampliación de la Geografía Botánica que escribió para la *Histoire Naturelle* tantas veces citada—, obra que la muerte del autor dejó interrumpida, encontrándose por lo mismo inédita, con excepción de unos capítulos que por referirse especialmente a nuestro país se publicaron con el título de *Arboles y Bosques* e impresos aparte forman el primer volumen de la *Biblioteca de Canarias;* y otro libro también inédito que tituló *Souvenirs Intimes.* Es éste un manuscrito curioso. De las cartas que había escrito desde 1848 hasta principios de 1880 y de las que conservaba copia, eligió algunas, y con ellas formó esta preciosa colección, especie de miscelánea artística, literaria y científica en que no entran por poco asuntos y noticias interesantes para los canarios... Fue este manuscrito el último en que trabajó Mr. Berthelot, pues acabó de ordenarlo pocos días antes de su muerte.

Tal vez la obra se resienta algo de esta circunstancia. En los últimos meses de su vida, la privilegiada memoria del respetable anciano le abandonaba ya, y sufría además algunas equivocaciones. Precisamente entre las cartas que, residiendo nosotros en La Laguna, nos dirigió, no encontramos las dos que

a nuestro nombre incluye en su colección citada...

Después de lo que dejamos dicho acerca de las muchas publicaciones y numerosa correspondencia de Mr. Berthelot, puede creerse que redactaba con suma facilidad: no era así. Vaciaba sí con espontaneidad en el papel lo que concebía; pero, antes que vieran la luz de la publicidad, sometía sus escritos a repetidas correcciones; copiaba más de una vez los borradores, y sólo después de largo trabajo los daba por terminados. Esto mismo prueba su incansable laboriosidad.

Y sin embargo, no por eso tenía su estilo nada de afectado; al contrario, elegante y sencillo a la vez, jamás se suelta de la mano por pesado uno de sus libros. Sus mismas cartas, que también corregía con sumo cuidado, pueden servir para probar nuestro aserto...

Pero si Mr. Berthelot escribía con suma elegancia y poseía el don de encadenar al suyo el pensamiento del lector, no era su conversación menos agradable. Adaptada siempre al asunto, ya nutrida de pasmosa erudición cuando éste eran las ciencias y la literatura, o ya ligera, chispeante, siempre amena e instructiva, nunca dejaba de interesar. Se animaba por momentos según hablaba, operándose en él como una vuelta a juveniles años, y llegando a pronunciar, sin hacerse cargo de ello, brillantes períodos que se hubieran tomado por verdaderas oraciones académicas.

De carácter bondadoso, aunque de pronto le hiciera parecer un tanto irascible su nervioso temperamento, supo atraerse, a la vez que el respeto, el cariño de los que le rodeaban.

Sus costumbres eran sencillas: fuera del tiempo que dedicaba a tomar ligero alimento, y una hora de descanso al mediodía, todo el resto de éste y

parte de la noche lo empleaba en sus favoritos trabajos. Sólo interrumpían éstos la visita de algún amigo, con los que fue siempre franco y expansivo, o algunos paseos.

Tenía Mr. Berthelot gran fe en las ideas de progreso y libertad, y adaptaba a éstas su criterio político. Decía que había creído que se daba exagerada importancia a la forma en los sistemas de gobierno; pero que hacía años se había convencido de que es un error pensar así. Confiaba mucho en la estabilidad en Francia de la forma republicana. "Es además, decía, lo único posible, y por eso creo que Thiers realizó un gran acto de patriotismo prestando a la República la autoridad de su apoyo". Tenía la absoluta confianza de que la República haría cada vez más la felicidad de su país; "pero es necesario, añadía, que los hombres del Gobierno se inspiren en un recto criterio liberal, sin exageraciones pero sin debilidades; los reaccionarios son los mismos en todas partes: si se les da el pie, cogen la mano: es el viejo cuento del que solicitó de un propietario permiso para fijar un clavo donde colgar su sombrero, y al fin se quedó con la casa".

Sumamente religioso, nunca se apartaba de sus actos la idea de la divinidad, aunque no seguía el culto de ninguna religión positiva.

Un día de la primera decena de noviembre del próximo pasado año de 1880, fuimos a ver a Mr. Berthelot: encontrámosle algo indispuesto, pero trabajando sin embargo en copiar algunas cuartillas de los *Souvenirs Intimes*. Días después su médico, don Diego Costa, anunció que se había apoderado de nuestro amigo una neumonía, que los recursos de la ciencia no podrían dominar; y, desgraciadamente, se confirmó el pronóstico del distinguido facultativo: el día 18 a las nueve y cuarto de la mañana dejó de

existir Mr. Berthelot.

Al día siguiente se celebraron sus funerales, demostrando en ellos el pueblo de Santa Cruz de Tenerife, por medio de comisiones de todas las sociedades, desde las dedicadas a especulaciones científicas hasta las de recreo, la parte que tomaba en tan irreparable pérdida. Sobre el féretro habíanse colocado fúnebres coronas, dedicadas por la prensa, *Gabinete Instructivo, Gabinete Científico* y *Sociedad de Amigos del País;* y al ir a ser depositado aquél en la fosa, pronunció el que esto escribe algunas palabras en nombre de la redacción de la *Revista de Canarias.*

Hoy se ve en el cementerio, en la calle central y a la derecha, un modesto túmulo sobre cuya lápida se lee:

S. BERTHELOT,

HIJO ADOPTIVO
DE SANTA CRUZ DE TENERIFE,
AUTOR DE LA HISTORIA NATURAL DE CANARIAS,
CONSUL DE FRANCIA, ETC.

Esta fosa se ha abierto para mí:
Aunque dicen que he muerto vivo aquí

NACIO EN MARSELLA, ABRIL 4 DE 1794.
FALLECIO EN SANTA CRUZ A LOS 86 AÑOS

colección arcón canario